

# EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

AÑO III.—NUM. 743.

Miércoles 5 de junio de 1857.

EDICION DE LA MAÑANA.

MADRID 5 DE JUNIO.

En la sesion de ayer terminaron los debates relativos á la contestacion al discurso de la corona. Estos debates, iniciados con poco ardor, elevados despues por la enérgica elocuencia de los señores Benavides y Rios Rosas, han llegado, por último, á toda la altura posible, dentro de las condiciones parlamentarias; á un punto culminante desde el cual han podido descubrirse en su fase mas verdadera los hombres, las cosas y los principios. El duque de Valencia, desempeñando fielmente su noble mision y llevándola á cabo con la firmeza peculiar de las convicciones grandes y generosas, ha dirigido de nuevo su voz conciliadora á todos los individuos del partido conservador, partido que tiene, como los dos polos inalterables de su conducta, el respeto profundo al trono de Isabel II y la observancia de la legislación política de 1843.

El marqués de Pidal, por su parte, con la severa á inflexible lógica que forma el rasgo característico de su oratoria, ha examinado uno por uno todos los argumentos de la oposicion, los ha refutado victoriosamente y ha conseguido poner en alto relieve la verdad política de todos tiempos: que las oposiciones nunca se acuerdan de las faltas que han cometido cuando han sido gobierno. Hallándose en este estado la discusion le locó hacer uso de la palabra al Sr. Gonzalez Brabo. Era muy difícil hallar nuevas ideas en una region explorada ya por hábiles oradores, y era mas difícil todavía cautivar profundamente la atencion de la Cámara, cuando se habian pronunciado sobre el mismo asunto tantos y algunos tan brillantes discursos, y cuando habian trascurrido cinco horas despues de empezada la sesion. Y, no obstante, el Sr. Gonzalez Brabo ha obtenido este doble resultado; ha obtenido, en nuestro concepto, uno de sus triunfos mas legítimos, de los que mas pueden honrar su amor propio como hombre de genio y sus aspiraciones como hombre de partido.

Capitándose muy luego la benevolencia de la Asamblea con su dición fluida, amena y nutrida de pensamientos, hizo á grandes rasgos la historia de la dominacion progresista, tomando la desde el año de 1834; y el ayer del partido moderado, y el verdadero punto de partida para todas las apreciaciones concernientes á su posicion actual.

En 1834, dijo el Sr. Gonzalez Brabo, nació la union liberal. Pero no nació como partido; fué pura y simplemente una *coalicion*. Esta frase elocuente revela no solo el origen, que era sin duda lo menos importante, si que tambien las condiciones intrínsecas y constitutivas, la esencia política de esa fraccion que ha pretendido presentarse como un cuerpo homogéneo y dotado de vida propia. Nosotros estamos perfectamente de acuerdo en esta parte con las ideas del orador. La union liberal no fué mas que una alianza pasajera ó de ambiciones impacientes, ó de cálculos equivocados, ó de sentimientos mal comprendidos; fué uno de esos pactos tan frecuentes y de los que hay otros ejemplos en los modernos anales de nuestro pais; mas cuando se unen dos partidos opuestos por el vínculo del peligro ó de la venganza, su adhesion violenta tiene que resultar efímera, y desvanecerse en el momento en que se ha pasado el peligro ó se ha satisfecho la venganza. De este modo la union liberal vino á desaparecer durante el bienio por la absorcion del partido progresista, y despues del bienio por la absorcion del partido moderado.

El Sr. Gonzalez Brabo añadió que la union liberal, caso de ser algo, sería una oligarquía militar, un poder de fuerza sin raiz alguna en el corazón de los pueblos, la asociacion de algunos generales, dignos de aprecio considerados individualmente, pero incapaces por sí solos de constituir el núcleo de un partido fuerte y vigoroso. En suma, si la union liberal existia por lo menos como aspiracion, creemos que ha perdido hasta este ser abstracto, bajo los enérgicos y contundentes golpes que la ha asestado el orador.

Resuelto á correr el velo completamente y á presentar á la luz del dia algunos misterios de la política progresista, y fijándose en el derrocamiento de este partido, el señor Gonzalez Brabo recordó el extraño proceder del general Espartero en julio de 1834, su lentitud en acudir al llamamiento de una reina atribulada, el singular mensaje que envió á palacio, la indiferencia con que miraba surgir una opinion adversa á su lealtad, y el peregrino lema de su conducta, *el cumplimiento de la voluntad nacional*, indicaban acaso en Espartero proyectos que iban por encima de una silla ministerial. El tema obligado de *el cumplimiento de la voluntad nacional* podia autorizarle para las mas audaces empresas, porque la voluntad nacional invocaron tambien César, Augusto, Cromwell, Robespierre, Napoleon y todos los que, por un golpe de mano, han conseguido el poder supremo. Quizá no ha habido usurpador alguno en el mundo que no se haya preconizado intérprete de la voluntad de aquel pueblo cuyas leyes fundamentales destruya.

El señor Gonzalez Brabo cree que las Cortes

constituyentes carecieron de iniciativa, porque de otro modo, y con el principio elástico de *el cumplimiento de la voluntad nacional*, se hubiera operado un cambio completo en nuestra fisonomía política.

Dió el orador el golpe de gracia á la union liberal, pintando con vivos colores la conducta de su jefe el general O'Donnell, quien á pesar de las escitaciones del general Zabala, jamás dijo en la Asamblea constituyente que era progresista, pero tampoco se decidió á afirmar lo contrario, y quien á pesar de su obstinada reserva, pasaba revista al batallón de patriotas de que era comandante, llevando el uniforme de miliciano, sobre el que brillaban los tres entorchados de capitán general.

Concluyó el Sr. Gonzalez Brabo su elocuente discurso dirigiéndose á los diputados jóvenes que han venido por primera vez al Congreso, y que libres de preocupaciones y de resentimientos mezquinos, acogerán cuantas ideas tiendan á defender el orden, que es el alma de la vida social. La invocacion del Sr. Gonzalez Brabo tuvo un éxito completamente satisfactorio, pues el proyecto de la comision fué aprobado casi por unanimidad.

Antes de finalizar este artículo, queremos rendir un homenaje á la verdad mas absoluta. El señor Gonzalez Brabo, que en su vida privada se grangea las simpatías de cuantos le tratan por su carácter afable, flexible y complaciente; y que en su vida pública ha dado relevantes pruebas de un talento de primer orden, ha demostrado en la sesion de ayer que como orador y como estadista, tiene muy pocos rivales.

Por lo demás, la votación verificada es de una elevada significacion política. La numerosa mayoría que ha favorecido al gobierno, ha comprendido ese sistema de conciliacion, el único que puede cerrar la puerta á nuevas calamidades y el único que puede hacer del partido conservador el verdadero partido nacional.

La sesion celebrada ayer en el Senado fué de corta duracion. La grande importancia política de los debates á que en el Congreso dá lugar la contestacion al régie mensaje, atrae y absorbe la atencion general. Ningun señor ministro asistió ayer; los bancos de los senadores estuvieron escasamente poblados, y las tribunas mismas, que pocos dias antes eran sobradamente reducidas para satisfacer la pública ansiedad, veian desiertas y faltas completamente de concurrencia.

Así empezó y así prosiguió la sesion abierta á las dos menos cuarto, bajo la presidencia del señor marqués de Viluma. Leida el acta de la anterior, fué aprobada, dándose cuenta en seguida de una comunicacion del señor ministro de la Gobernacion, y del nombramiento de los señores que han de dar el dictamen sobre el proyecto de ensanche y obras de la Puerta del Sol.

Dióse en seguida lectura al proyecto de ley del señor marqués de Miraflores y le fué concedida la palabra para apoyarle.

Levantóse el señor marqués y pronunció en defensa de su pensamiento un estudiado discurso, correcto en lo general, elocuente á las veces y no pocas enérgico y profundo.

Empezó el diplomático orador demostrando la benevolencia de una cámara que siete veces ha tenido la honra de presidir, porque, en concepto de S. S., el proyecto que ha sometido á la consideracion del Senado y las graves cuestiones que este proyecto envuelve, reclamaban el apoyo de una voz mas poderosa y mas elocuente que la suya.

Sentó despues que la España no puede ser regida sino por un gobierno constitucional; pero que es preciso por lo mismo estudiar y resolver la mejor manera posible de obtener todos los beneficios que nacen de este sistema, y para ello nada mas propio, nada mas directo ni mas saludable que arrancar de raiz todas las causas de malestar, de trastornos y convulsiones. Si el ministerio O'Donnell, primer restaurador en concepto de S. S., hubiese llevado la restauracion al punto que debía, el marqués de Miraflores nada hubiera hecho; pero puesto que el anterior ministerio no acertó á obrar, y el actual ha dado ya la reforma del Senado, cree el señor marqués que puede y debe á su vez proponer su proyecto de ley de reforma.

Para formular las razones que le han movido á presentar su pensamiento, hizo un análisis de la Constitucion del año 12 y de las del 37 y 45, así como del Estatuto de 1834; pero se detuvo mas principalmente en el examen de los vicios capitales que, en sentir del orador, resaltan en todas las leyes electorales anexas ó parte integrante de las referidas constituciones. Llegado á este punto, el señor marqués tronó alta é incisivamente contra todas las leyes que hasta hoy han regido sobre elecciones, y las asestó tan duros golpes, que pudo sacar como consecuencia, grandes argumentos en pró de su reforma electoral.

Enumeró con estension, todos los defectos del actual sistema de eleccion, y los males que son su natural consecuencia, y despues de expresar que el desarrollo de las pasiones trae su origen de las leyes electorales, manifestó que lo habia meditado mucho, y que entre la eleccion

por suerte y la directa, causa de perturbaciones permanentes é interminables, segun S. S., habia optado por la primera, y de aqui la reforma que propone.

Ademas, en su sentir, el derecho electoral es una ficcion, y espone á graves riesgos, porque de este derecho nacen los comités, las comisiones, las circulares y tantos otros elementos de desorden y conflictos. Para evitar la anarquía, el gobierno tiene que intervenir en las elecciones, y entonces se dá el espectáculo de que el gobierno se convierte en tutor de un partido, y la autoridad, creada para amparar y administrar imparcialmente justicia, se transforma en agente electoral. En fin, el señor marqués de Miraflores terminó su discurso haciendo ver que el sistema de *insaculacion* no es nuevo en España, puesto que ha existido en Navarra, para el nombramiento de ayuntamientos, y en otros casos importantes.

Concluyó el discurso del señor marqués, se preguntó si el proyecto se tomaba ó no en consideracion, pero antes de votar pidió la palabra el Sr. Valamonde, eco en aquel momento de gran número de señores senadores, que juzgaban aventurado y poco parlamentario decidir cosa alguna sobre un pensamiento tan importante y que puede afectar á la esencia del sistema constitucional, sin oír antes al gobierno para conocer su opinion.

En este mismo sentido habló tambien el señor Alcalá Galiano; pero el señor marqués de Miraflores insistió en que se resolviese, fundado en que la toma en consideracion nada podia prejuzgar acerca del proyecto. Se levantó de nuevo el señor Alcalá Galiano, mas antes que hablase se dió lectura del art. 70 del reglamento, á fin de prevenir que se pronunciase un discurso en contra. Sin definir su opinion sobre el proyecto del señor marqués de Miraflores, volvió de nuevo á demostrar que podría ser poco acertado resolver cosa alguna en la cuestion. Nadie conoce el pensamiento del gobierno, que puede aceptar ó rechazar el del señor marqués de Miraflores, querer ó no querer reforma electoral, y como quiera que el voto del Senado en pró ó en contra significa cierta conformidad ó desconformidad con la idea general del proyecto, decidir lo mas minimo es coartar la iniciativa ó la accion del gobierno en un asunto del mas elevado interés político.

En consecuencia de estas y otras muchas razones que se adujeron por el Sr. Olivan y el señor marqués de Valmorera, viéndose la insistencia del autor del proyecto de ley y para evitar confusiones, el señor duque de Rivas hizo una proposicion incidental, que apoyó con los mismos argumentos, y cuyo objeto fué que el Senado acordase suspender la discusion hasta que se oyese al gobierno. La proposicion fué aprobada por unanimidad.

Correspondia entonces entrar en el orden del dia, que era la discusion sobre el dictamen de la comision que autoriza al gobierno para ratificar el tratado de límites entre España y Francia, celebrado en Bayona el 2 de diciembre último; mas como el gobierno no se hallaba presente, á causa de las sesiones del Congreso, y creyéndose que no debía discutirse sin su intervencion un negocio de politica internacional que afecta intereses de dos países vecinos, el Senado resolvió suspender la discusion sobre el dictamen. No habiendo otro asunto pendiente de que tratar, se levantó la sesion á las tres y cuarto.

Los debates sobre el proyecto de contestacion al discurso de la corona parecian agotados despues de la luminosa y amplia discusion que ha ocupado en estos últimos dias al Congreso. Sin embargo, ayer se elevaron á una gran altura con los notables discursos de los señores Pidal, duque de Valencia y Gonzalez Brabo. Por primera vez, en la presente legislatura, resonó tambien en la Cámara de diputados la voz del señor conde de San Luis, protestando, lo mismo que su colega de ministerio el Sr. Esteban Collantes, del deseo que les animaba de justificar su conducta ante el pais en la época de su mando, anterior á los sucesos de julio de 1834, lo cual es muy justo á nuestro imparcial modo de ver.

Seis horas de no interrumpida discusion entre oradores de primer orden, darian suficiente asunto para escribir, no uno, sino media docena de artículos, si nos propusiéramos analizar con alguna minuciosidad los nutridos discursos pronunciados ayer en el Congreso. Ni el tiempo de que podemos disponer, ni el espacio que nos deja la insercion del extracto oficial de las sesiones de ambas cámaras, y de los demás asuntos de actualidad, nos permiten trazar un cuadro tan exacto como quisiéramos y acomodado á las proporciones de la polémica. Tenemos que sujetarnos á un marco de reducidas formas; es preciso que nos limitemos á diseñar un pálido boceto.

Al abrirse la sesion, que eran las dos menos cuarto, ya estaban atestadas de gente las tribunas, pero era muy escasa la concurrencia de señores diputados, lo cual dió origen á un pequeño incidente promovido por el señor Sanchez Silva, quien hizo notar que no podia procederse á la aprobacion del acta por no haber número

suficiente de votantes conforme al reglamento. Poco á poco fueron animándose los bancos; la votacion nominal, pedida por la minoría progresista, dió por resultado la aprobacion del acta, en la que tomaron parte 65 diputados; el despacho ordinario se redujo á la lectura de varios documentos relativos á elecciones, que pasaron á la comision de actas; de una comunicacion del Senado participando la eleccion de los individuos de dicha Cámara que han de examinar las operaciones de la deuda, y de una enmienda del señor Campoamor al dictamen de la comision sobre el proyecto de ley llamando 30,000 hombres al servicio de las armas. Se procedió despues al sorteo de las secciones para el presente mes, y al terminarse esta larga operacion, los escaños del Congreso estaban ya bastante poblados y ocupado el banco azul por todos los señores ministros, incluso el presidente del Consejo. Aquí dió principio el interés de la sesion, que no decayó un instante hasta la hora de levantarse ésta, á las ocho y veinte minutos.

El señor ministro de Estado reanudó su discurso del sábado, contestacion al Sr. Rios Rosas. Despues de resumir lo que habia espuesto en la primera parte de aquel, insistiendo en la idea, que creemos muy exacta, de que ningún partido político de cuantos han medido sus fuerzas en la gobernacion del pais puede disputar la legalidad al partido moderado, entró de lleno á combatir las aseveraciones del diputado de la union liberal, que calificó de exageradas y de poco conformes con los hechos históricos. El Sr. Pidal tenia mucha razon, y basta considerar en su conjunto el fogoso discurso del Sr. Rios Rosas para justificar las apreciaciones del señor ministro de Estado. La oposicion de aquel, revestida de las bellas formas oratorias que nadie le disputa, es en su esencia la copia mas ó menos perfecta de todas las oposiciones. Sistemático, como lo son por punto general todas las minorías, el Sr. Rios Rosas no encuentra en la dilatada serie de actos de gobierno del gabinete actual, uno solo que no merezca ser marcado con el sello de la mas absoluta reprobacion; mientras que al pasar revista á la conducta política del ministerio á que perteneció S. S., no ve la mas pequeña mancha en el terso espejo de la union liberal, no halla nada que censurar, nada que no deba santificarse ante la opinion pública. Pues ¿qué tan desacertado ha sido en su vida pública el gobierno del duque de Valencia, tan desgraciado en siete meses que lleva de mando, tan escaso de criterio, tan débil ó tan inepto, que no haya merecido mas que censuras, y censuras tan apasionadas y violentas como las que ha amontonado el Sr. Rios Rosas para dejarlas caer con estrépito sobre la frente del ministerio? ¿Tan perfecto era el sistema iniciado por el gabinete O'Donnell-Rios, tan ajustado á la legalidad, tan armónico con el sentimiento público, tan robusto, tan inteligente, tan previsor, que no podamos señalar en su marcha el mas leve asomo de pretexto en que fundar una critica razonada y justa? Todo el talento del Sr. Rios Rosas no alcanzaria á destruir esta apreciacion de sentido comun.

Por eso hemos dicho, y repetimos, que el señor marqués de Pidal tenia mucha razon cuando acusaba de exageradas las aseveraciones del señor Rios Rosas. La union liberal es para este el *desideratum* á que se puede llegar en materia de combinaciones políticas, la manifestacion mas genuina de las aspiraciones del pais, la única tabla en la deshecha borrasca que agita el mar de nuestros partidos, la sola bandera á cuyo derredor se agrupan todas las eminencias políticas de nuestra patria. Magnífico castillo de naipes que con un leve soplo deslizo la poderosa dialéctica del señor Pidal! ¿Dónde están esas falanges, dónde esos caudillos, dónde ese imponente aparato bélico que nos describe la fantástica imaginacion del señor Rios Rosas? Si todos los hombres de valía se adhieren á la política de la union liberal, como se esplica esa rápida desaparicion de un sistema de gobierno que contaba en su seno con tales elementos de vida, de preponderancia, de perpetuidad? ¿Por qué una situacion murada con tan sólidos baluartes, vino á tierra en un plazo tan breve? ¿Por qué, de tumbó en tumbó, de una en otra catástrofe, rodó sin extraño impulso hasta precipitarse en la sima donde perecen los sistemas y los partidos impopulares? Muy deleznable, muy quebradizo, muy falso debe ser un sistema político que no puede sostenerse mas que noventa dias, á pesar de tener en su apoyo á los hombres mas notables de todos los partidos. ¡Y sin embargo, el señor Rios Rosas es quien acusa de impotente al partido moderado!

Volvamos al discurso del señor Pidal. Haciéndose cargo de las pretensiones de invencion del señor Rios Rosas, demostró que su pensamiento carecia del mérito de la originalidad, puesto que la union liberal se habia instaurado en 1834, cuando se formó el ministerio del duque de Rivas. Vino despues una nueva coleccion representada por los generales Espartero y O'Donnell, que no fué otra cosa que la continuacion en mas alta escala de la idea que presidió á la union liberal; aquella coleccion de elementos conservadores y progresistas no dió

otros resultados que los que forzosamente deben producir todas las coaliciones: luchas intestinas, ansiedades, quebrantos, movilidad, anarquía, y por último, una colision terrible que salpió de sangre las calles de Madrid. A pesar de la aparente conformidad de miras que existia entre los dos personajes que simbolizaban aquella situacion, á pesar del célebre abrazo de O'Donnell y Espartero, el elemento conservador predominaba y sostenia la bandera por la fuerza irresistible de los principios. Llegada la hora del choque entre ambas fuerzas, triunfó el partido moderado, como necesariamente tenia que suceder, porque él era el único que conservaba condiciones de partido.

Constituido el gabinete O'Donnell-Rios Rosas, tuvo que plegarse á las circunstancias y obedecer á los defectos de su viciosa organizacion, como lo demostró con elocuente verdad el señor ministro de Estado, recordando la proclamacion de la carta de 1845, el acta adicional, el desarme de la Milicia y la no aprobacion de las leyes votadas por la Asamblea constituyente.

Respecto de la cuestion de legalidad, manifestó el señor Pidal que no podia considerar como legales los actos de aquel ministerio, dictados por acuerdos particulares, de suyo transitorios y perecederos. Solo las Cortes dan carácter de legalidad á los actos de un gobierno, y por eso el gabinete actual, que rinde culto á la legalidad, no prescinde ni prescinde nunca del parlamento.

El discurso del Sr. Pidal, mas notable por su índole que por su forma, giró despues sobre los diversos párrafos del proyecto de contestacion al discurso de la corona, que habia atacado en detall el Sr. Rios Rosas. En cuanto á la reforma del Senado, manifestó que admitiendo el Sr. Rios, como admitia, el derecho hereditario, no podia rechazar las vinculaciones, único medio de perpetuarle. El acta adicional, que ofreció el gobierno presentar á las Cortes, habia venido á ellas, pero ni se habia comprometido á apoyarlas, lo cual sería efectivamente un absurdo, ni la apoyará, á no ser que reniegue de su política. Del Concordato nada puede decir la union liberal, puesto que nada hizo mientras ocupó el poder, y miró con soberano desdén un asunto de tanta importancia para un pais eminentemente católico.

Ciertas apreciaciones hechas por el orador de una frase vertida anteriormente por el señor Rios Rosas, dieron lugar á que éste reclamara contra las palabras del señor ministro de Estado, pidiendo que se escribieran. El señor duque de Valencia se levantó para decir con la dignidad y la mesura que acostumbra, que estaba de acuerdo en que se consignaran por escrito, para ponerlas al lado de las que el señor Rios habia proferido en la sesion anterior.

Terminado este incidente, el señor marqués de Pidal continuó su peroracion manifestando que el gobierno habia hecho por su parte cuanto podia exigirse á fin de reanudar nuestras relaciones con la Santa Sede.

Por último, sobre los asuntos de España con Méjico, tachó de inconveniente el empeño de traer al debate una cuestion respecto de la cual nada podia revelar el gobierno por el estado en que se hallan las negociaciones.

La rectificacion del señor Rios Rosas, que por su estension bien puede considerarse como un nuevo discurso, comenzó estruendo que el señor ministro de Estado no hubiera reclamado en tiempo oportuno contra las frases del primero, calificadas de mal sonantes; despues recorrió la mayor parte de los periodos del discurso del señor Pidal.

El señor duque de Valencia, con la entereza del que se cree vulnerado en lo mas íntimo de sus sentimientos, usó de la palabra para pedir al Sr. Rios Rosas esplicase algunas reticencias que podian considerarse ofensivas á la honra moral del ministerio.

El Sr. Rios Rosas contestó que no habia sido su ánimo hacer agravio al decoro ni á la honra de ninguno de los consejeros de la Corona.

Despues de las breves rectificaciones de los señores ministros de Estado y Hacienda, el señor Gonzalez Brabo se levantó á defender el dictamen de la comision de que es presidente.

Era ya la hora algo avanzada, y el Congreso necesariamente debia estar fatigado de un debate tan largo y tan reñido. Así lo comprendió S. S., manifestando que no podia eximirse de tomar parte en la polémica, para esplicar cuál habia sido la linea de conducta de la comision al formular el dictamen que se discutia; pero que molestaria lo menos posible la atencion de los señores diputados. El Sr. Gonzalez Brabo se equivocaba al suponer que el cansancio de su auditorio podría perjudicar al efecto de sus palabras. Desde que salieron las primeras de sus labios, el Congreso dejó ver distintamente lo mucho que sabe apreciar las relevantes cualidades oratorias que hacen de nuestro embajador en Londres una de las mas altas notabilidades del Parlamento.

Lamentábase el orador de la comision de la escasa benevolencia con que el Sr. Rios Rosas habia tratado al ministerio actual, siendo así que habia tenido palabras de deferencia para todas



las demás fracciones de la Cámara. Esta conducta tenía una explicación muy clara, que no se escapó al vivo talento del Sr. González Brabo. El Sr. Ríos Rosas, harto experimentado en las luchas parlamentarias, había previsto la batalla y quería allegarse las simpatías y procurarse prosélitos, para combatir en su día con mayores ventajas. Explicó después su ministerialismo, hijo de la convicción más profunda y del más patriótico deseo de que se consolidase una administración capaz de responder a las necesidades y a las aspiraciones del país.

Juzgándose aludido el señor conde de San Luis por algunas palabras del señor González Brabo, se levantó para manifestar al Congreso, como lo hizo en muy bellas y sentidas frases, que deseaba dar explicaciones acerca de su última administración, no tanto por su propio interés como para satisfacción de las dignas personas que habían compartido con S. S. los peligros, los compromisos y los sinsabores del mando. La exigencia del conde de San Luis, secundada después por el señor Esteban Collantes, no puede ser más razonable, y estamos seguros de que se facilitará a los individuos de la situación derrocada en julio de 1854 todos los medios de vindicación y de defensa que su decoro reclama y hacen necesarios los calumniosos asertos que se les han dirigido en la época de su desgracia. Confiamos en que llegará pronto el instante en que puedan darse esas explicaciones, tanto más cuanto que los agraviados no quieren volver ofensa por ofensa, sino rehabilitar su conducta con mesura y dignidad a los ojos del país.

Prosiguiendo su discurso el Sr. González Brabo, examinó la base del sistema político del ministerio del duque de la Victoria, compendiada en la frase equívoca e indefinible de *cumplase la voluntad nacional*: analizó la conducta de la unión liberal, que ni supo contentar a los amigos del orden ni halagar los instintos de los revolucionarios; insistió en lo que antes había dicho el señor Benavides, a saber: que si la unión liberal no era una oligarquía, era un partido casi exclusivamente militar. Separó de esa coalición a los generales, y decidió: ¿qué queda de la unión liberal? Defendió a la comisión de los cargos que la había dirigido el Sr. Ríos Rosas sobre la manera con que se había ocupado de la cuestión de Méjico; y por último, dirigió su elocuente voz a los diputados jóvenes, escitando la fibra de su patriotismo para que acudiesen siempre a la bandera de los principios conservadores, huyendo del peligroso campo donde militan los principios revolucionarios y disolventes.

Sentimos no tener espacio ni tiempo a la hora avanzada en que escribimos, para analizar tan extensamente como se merece la brillante peroración del señor González Brabo. Solo diremos, para terminar, que ha sido una de las mejores producciones oratorias que le hemos oído, por lo cual la insertaremos íntegra en nuestro próximo número.

Después de rectificar el señor Ríos Rosas, el señor duque de Valencia leyó un trozo del discurso pronunciado por S. S. en 1851, relativo a la unión del partido moderado.

El señor González de la Vega pidió la palabra, y nada pudimos oír por el mucho ruido que había en el salón.

El señor Esteban Collantes pidió que constase que había estado en su sitio para contestar a todos los cargos o alusiones que se le hicieron.

Declarado el punto suficientemente discutido, se procedió a la votación que fué nominal, y quedó aprobado por 221 votos contra 10.

Acto continuo se levantó la sesión.

El domingo en la noche dió lord Howden el gran banquete que habíamos anunciado, al cual asistieron entre otras personas, los presidentes del Senado y del Congreso, señores marqueses de Viluma y Martínez de la Rosa, el príncipe y la princesa de Galtitz, representante de Rusia; los señores Isturiz, González Brabo, D. Salvador y D. Manuel Bermúdez de Castro, marqueses de San Carlos, marqueses de Montevirgen, general Lemoire, marqueses de Pidal, marqueses de Turgot, embajador de Francia, Hattenbuehl, Breton de los Herreros, Coello, Enriquez, varios individuos del cuerpo diplomático extranjero, el conde inglés y su esposa, el señor Weiswiler y su esposa, el señor O'Sheay su esposa, el general Mayalde, el introductor de embajadores y otras varias personas. El banquete fué verdaderamente espléndido, después del cual llenaron los salones de la embajada inglesa una porción de personas distinguidas, entre las cuales se veía al señor Littré y a todo el cuerpo diplomático residente en Madrid. Ni el duque de Valencia ni el conde de Lucena asistieron a esta comida por el estado de su salud.

La comisión, compuesta de los Sres. Moreno, Santibáñez, Ojeda, Raimas, Botegón, Dodero, Villanueva, Peña y Martínez, encargada de llevar a cabo el acuerdo de la junta de comercio y de facilitar todo lo necesario para el establecimiento de un depósito de artículos de primera necesidad en la capital de la monarquía, después de examinar el edificio del salitre, han creído que este ofrecía todas las condiciones apetecibles para el objeto, designando las localidades en que se han de depositar los diversos artículos coloniales, los vinos y aguardientes, aceites, jabones, semillas alimenticias y demás mercancías que han de formar parte del depósito.

El establecimiento del depósito administrativo es de la mayor importancia para Madrid, donde ni aun tampoco están autorizados los depósitos domésticos, circunstancia doblemente sensible por la escasez y carestía de localidades estensas en el interior de la capital.

Parece que los señores conde de San Luis y Bravo Murillo deben marchar en breve a París, donde piensan pasar el verano.

El Parlamento ha dado asegurar que S. M. la Reina rubricó hace dos días el decreto en que autoriza al señor ministro de Gracia y Justicia para presentar a las Cortes el proyecto de ley de bases para el arreglo del notariado.

Se dice que contiene útiles y prudentes innovaciones sobre todos los anteriores, y que hoy probablemente se leerá dicho proyecto en las Cortes.

Después de terminada en el Congreso la discusión del ensayo a la corona, parece que las primeras cuestiones de que se ocupará la cámara popular, serán los proyectos sobre carreteras provinciales y bases de instrucción pública. El gobierno desea que estas se aprueben antes de terminarse el primer período de la legislatura, a fin de promulgar la ley sobre este asunto antes de empezar el curso académico en las universidades del reino.

Proponiéndose un magistrado averiguar la causa del aumento de criminalidad en nuestro país, dice en un artículo remitido a uno de nuestros colegas, que el aumento de delitos consiste, no solo en la falta de educación, sino que influye no poco la facilidad con que se conceden indultos, no siempre por los servicios de los penados, muchas veces por recomendaciones en recompensa de ofrecimientos o deferencias.

Olvídase las máximas de la sana moral, añaden, nacen y se desarrollan los vicios, estos lisonjean al hombre, le acompañan de la mano por la carrera del crimen, hasta que lo arrojan en los brazos del verdugo.

Educar, corregir, castigar; hé aquí uno de los mas sagrados deberes del gobierno y de la ley.

Dícese que el Sr. Grimaldi ha sido nombrado cónsul general de España en París.

No sería imposible que el príncipe de Carini, muy conocido en la sociedad de Madrid, volviese a representar en la nuestra la corte de Nápoles.

Están terminados ya por las comisiones respectivas los proyectos de ley sobre reforma hipotecaria, sobre ayuntamientos, diputaciones y consejos provinciales, medidas todas que deben presentarse a las Cortes para ser discutidas en el segundo período de la actual legislatura. También está terminado el proyecto del Consejo de Estado, en que debe embeberse el actual Consejo Real.

Sobre un asunto de que nos hemos ocupado en nuestro número de ayer, hace *La España* del mismo día las siguientes oportunas observaciones:

La comisión de imprenta, que se había propuesto examinar con la madurez propia de tan grave asunto el proyecto de ley presentado por el gobierno, introduciendo en el modificaciones favorables al ejercicio regular de una institución tan útil como necesaria, parece que en el día de ayer ha cambiado de conducta, y que a consecuencia de este repentino cambio se encuentra dispuesta a improvisar su dictamen, sometiendo, tal vez mañana, al juicio y deliberación de las Cortes. Seguramente informes, los individuos que componen dicha comisión han sido citados en el día de ayer con la mayor urgencia y con el objeto que hemos indicado. Extrañamos tanto esta premura, cuanto creemos que por el estado en que se encontraban los trabajos de la comisión el día en que celebró su última conferencia, no había posibilidad de que formulase su dictamen hasta después de haber resuelto todas las cuestiones iniciadas respecto a los cinco o seis puntos capitales de la ley. La comisión no había examinado mas que uno de ellos, y aun en este, no había adoptado resolución.

Llamamos sobre la cuestión de imprenta la atención de los señores diputados, a fin de que, en materia tan delicada no se dejen sorprender por la iniciativa de un celo exagerado y peligroso, con el cual no estamos conformes, si bien dejamos a salvo la intención de los que lo manifiestan.

A la noticia, que dimos de haber cesado la señora marquesa de San Martín de Humbreio en el cargo de teniente de aya de la princesa de Asturias, debemos añadir lo siguiente:

«Han sido nombradas dos tenientes de aya para su alteza real la princesa de Asturias, con igual categoría: la señora de Viniegra, que ya lo era interina, y la señora de Tacon, ambas hermanas de antiguos empleados en la carrera diplomática. La señora marquesa de San Martín de Humbreio ha cesado en el cargo de teniente de aya por haber sido agraciada con el nombramiento de dama de S. M. con superior categoría a la que antes disfrutaba en la real servidumbre.»

Dice un periódico:

«Noticias que tenemos por fidedignas nos aseguran que la reforma constitucional encuentra en el Senado mas oposición de la que se creyó en un principio, y acaso no sería imposible que no se discutiese en este primer período de la legislatura.

Respecto a la cuestión de imprenta, es inexacto cuanto han dicho los periódicos sobre resoluciones de la comisión. La única que ha tomado es la supresión de los editores, sustituyéndolos con la responsabilidad del director. Generalmente se cree que el depósito se fijará en diez mil duros. La cuestión, lo repetimos, para la prensa, estriba principalmente en la designación de los delitos de imprenta. La comisión debe reunirse de nuevo hoy o mañana.»

Las noticias de Veracruz del 20 de abril pintan como muy grave la situación de Méjico, sin que pueda todavía predecirse cuál será el resultado del conflicto suscitado entre el gobierno y el clero.

El arzobispo de Méjico, a quien ha desterrado el presidente Comonfort, se había embarcado para la Habana, donde se le preparaba un brillante recibimiento.

## DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

## SENADO.

*Dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley de ratificación del tratado ajustado entre España y Francia, con objeto de fijar los límites de ambas naciones en la porción de frontera correspondiente a las provincias de Guipúzcoa y Navarra.*

La comisión encargada de dar su dictamen sobre el proyecto de ley de ratificación del tratado de límites con Francia, ha visto detenidamente todos los antecedentes que hay en la materia.

Nece necesario exponer aquí la historia de este largo e importante asunto, que el gobierno ha hecho sucinta y clara en el preámbulo del proyecto de ley, ni entrar tampoco en una detallada descripción, que desde luego sería oscura y enredada no teniendo a la vista los planos de la frontera que la comisión ha estudiado, y los señores senadores pueden consultar en el expediente.

Pero si bien la comisión escusa repetir largamente los importantes documentos, no puede menos de manifestar que considera este tratado conveniente y útil, no solo porque con él se zanjan cuestiones de muy antiguo origen, tendidas con actos violentos y sangrientas contiendas, sino también porque con la nueva demarcación se sal-

van derechos disputados; se restablecen intereses perdidos, y se compensan con equidad y justicia los perjuicios que por ambas partes pudieran alegarse.

En esta complicada operación se han verificado algunos cambios de terrenos, que la forma topográfica del país y los intereses de los pueblos aconsejaban; pero al comprar, ya la extensión, ya la calidad, ya la conveniencia de cada uno de los terrenos permutados, la comisión no encuentra perjuicio ni para la integridad del dominio eminente ni para los intereses privados, que en esta cuestión figuran por mucho, y han sido siempre uno de los obstáculos para su conclusión.

Sobre este punto la comisión ha tenido a la vista una importante exposición, en que se consignaba la ansiedad de los pueblos navarros fronterizos por que se ratificase el tratado de límites; lo cual demuestra, que sus intereses no han sido desatendidos, y mas todavía que este pacto internacional les ofrece el reposo y seguridad de sus hogares, siempre expuestos a efectos riesgosos, en medio de la incertidumbre de los límites y de la confusión de sus campos.

En vista de lo cual, y de lo que la comisión espandrá en el curso de la discusión, si fuere necesario, tiene el honor de someter a la aprobación del Senado el siguiente

## PROYECTO DE LEY.

**Artículo único.** Se autoriza al gobierno de S. M. para ratificar el tratado ajustado entre España y Francia con el objeto de fijar los límites de ambas naciones en la porción de frontera correspondiente a las provincias de Guipúzcoa y Navarra, y firmado en Bayona por los representantes plenipotenciarios el día 2 de diciembre de 1856.

Palacio del Senado 29 de mayo de 1857.—El duque de Rivas.—Lorenzo Arzola.—El duque de Ahumada.—El conde de Mirasol.—Francisco María Martín.—José María Huel.—El conde de Guendulain, secretario.

Despacho telegráfico particular de la *Gaceta de Madrid*.—PARIS 1.º de junio de 1857.—La archiduquesa Sofía Federica-Dorotea, hija primogénita del emperador de Austria Francisco José, ha fallecido en Buda el día 29 de mayo último.

El gran duque Constantino de Rusia llegó a Oporto el 30 del mismo mes.

## BOLSAS ESTRANJERAS.

Amberes 29 de mayo.—Diferida, 24 5/8.

Interior, 38 1/8 d.

Amsterdam 26 de mayo.—Diferida, 25 1/16.

Exterior, 41 7/8.

Interior, 37 15/16.

Frankfort 26 de mayo.—Diferida, 24 7/8.

Interior, 37 7/8.

Londres 26 de mayo.—Exterior, 41 3/4.

Certificados, 5 3/4.

Pasiva, 6 3/4.

Idem 27.—Consolidados, 93 7/8, 94.

Diferido español, 25 1/4, 1/2.

## PARTE OFICIAL.

## PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

## MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

## REAL DECRETO.

No habiendo ofrecido resultado, por falta de licitadores, las subastas celebradas para contratar la construcción de 150 camas de repuesto para licenciados de tropa cuarentenados en el lazareto de San Simón, provincia de Pontevedra, en virtud de real orden de 5 de agosto de 1856, y estando comprendido este caso en la excepción 8.ª, art. 6.º del real decreto de 27 de febrero de 1852, de conformidad con el parecer del Consejo de ministros, vengo en autorizar al de la Gobernación para que proceda a la contratación del espresado servicio, sin las formalidades de subasta pública.

Dado en Palacio a 27 de mayo de 1857.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Cándido Nocedal.

## MINISTERIO DE HACIENDA.

Ilmo. señor: Visto cuanto resulta del expediente instruido en esta dirección general con motivo de varias reclamaciones del comercio sobre la manera que algunas aduanas llenas de desahuciar las armónicas, jueces de niños, que califican de instrumentos músicos; y considerando que el derecho de 16 rs. señalado en la partida 663 del arancel a la decena de armónicas, de cualquiera clase, no está en consonancia con el de los instrumentos músicos, la Reina (Q. D. G.) se ha dignado mandar, de conformidad con el proyecto por V. I., que suprimiéndose la partida 663 aduana de las armónicas-jueces por la 702; y las que se califican como instrumentos músicos por la 692 como no comprendidas espresamente en el arancel, quedando a la prudencia y conocimientos de los empleados periciales de las aduanas la calificación de unos y otros.

De real orden lo digo a V. I. para los efectos consiguientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 7 de mayo de 1857.—Barzanallana.—Señor director general de aduanas y aranceles.

Ilmo. s. ñor: Enterada la Reina (Q. D. G.) del expediente promovido por D. Victoriano de Borda, vecino de Bilbao, para que se extiman del reconocimiento por los inspectores facultativos el cloruro de cal y las maderas líticas en polvo por no tener en ningún caso aplicación a la medicina estos artículos, y conformando con el parecer de esta dirección general, se ha servido resolver que los espresados artículos y comprendidos en consecuencia en el último párrafo del 93 de la instrucción de 5 de setiembre de 1855.

De real orden lo digo a V. I. para su conocimiento y fines consiguientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 16 de mayo de 1857.—Barzanallana.—Señor director general de aduanas y aranceles.

## REAL ORDEN.

Ilmo. señor: La Reina (Q. D. G.) se ha servido disponer sean admitidas por su valor nominal, en todos los depósitos exigidos por las leyes y reglamentos vigentes, las acciones de carreteras provinciales, que se emiten a consecuencia de la autorización concedida por real decreto de 1.º del corriente a la diputación provincial de Madrid, para contratar un empréstito de 6.000.000 de reales con destino a las mencionadas carreteras y subvención de caminos vecinales.

De real orden lo digo a V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 29 de mayo de 1857.—Barzanallana.—Señor director de la caja general de depósitos.

## CORREO ESTRANJERO.

Las noticias de Roma, del 22 de mayo, dan cuenta de la entusiasta acogida que se ha hecho a S. S. el Papa en todos los puntos por donde ha pasado, saliendo en masa las poblaciones a pedir la bendición de su Santidad. En Acquaviva, en Monte, en Nondola, en Mansopelo, Spinelotti, Colli y Lomo, el pueblo hecha-

ba flores por donde pasaba el Soberano Pontificio y se prosternaba implorando su bendición. En Arcelli se había elevado en la fuente de Montanara una estatua colosal. Jóvenes vestidas de túnicas algunas con cedificadores amarillos y blancos, arrojaban flores cuando pasaba el Santo Padre, y desde los balcones y las ventanas llovían ramos.

El Santo Padre da en todas partes audiencia: invigila con paternal solicitud las necesidades de las localidades, y se apresura a proveer a ellas y a dar sus órdenes. En los hospitales se acerca a las camas de los enfermos, dirigiendo a todos palabras de consuelo y de caridad, con una mansedumbre que le conquista todos los corazones. Dos diputaciones de Bizeto han ido a Petugia a rogar a Su Santidad que visite la población, honrada ya por treinta y tres pontífices. El Soberano Pontífice ha recibido estas diputaciones con la mayor benevolencia.

La *Gaceta de Bolonia* publica un anuncio según el cual se levanta el estado de sitio en los puntos que existía, donde el gobierno pontificio ha sido restablecido por las armas del emperador de Austria.

La *Gaceta oficial de Verona* anuncia que el conde Radetzki continúa bien.

La *Opinión* dice que la emperatriz viuda de Rusia, mientras ha permanecido en Turin, ha recibido 3.900 solicitudes. Antes de marcharse dejó 8.000 libras para los pobres; dió 11.000 a la servidumbre de la corte, y además hizo muchos donativos particulares en dinero, joyas y otros objetos de valor.

## CORTES.

## SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE VILUMA.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 2 de junio de 1857.

Se abrió a las dos menos diez minutos, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

Dióse cuenta, y el Senado quedó enterado, de una comunicación del señor ministro de la Gobernación, poniendo en conocimiento del Senado el real decreto de 14 de octubre de 1856, por el cual se suspenden las disposiciones contenidas en el acta adicional a la Constitución de 1845.

Se dió asimismo cuenta de que las secciones habían nombrado para la comisión que ha de dar dictamen sobre el proyecto de ley relativo al ensanche y embellecimiento de la Puerta del Sol, a los señores siguientes:

Conde de Cleonard, D. Alejandro Olivan, D. José Isla Fernandez, D. Antonio Riquelme, D. Antonio Guillermo Moreno, D. Saturnino Calderon Collantes, y conde de Torre Marín.

También se dió cuenta de otra comunicación del señor D. José de la Isla Fernandez, en que por el mal estado de su salud se excusaba de pertenecer a la comisión relativa al proyecto de ley sobre ensanche y embellecimiento de la Puerta del Sol, para la cual fué nombrado por la sección tercera.

El Senado acordó que dicha comunicación pasase a la sección respectiva para el nombramiento de otro señor senador.

Leído por segunda vez el proyecto del señor marqués de Miraflores, proponiendo un nuevo sistema electoral, dióse cuenta.

El Sr. PRESIDENTE. El señor marqués de Miraflores, como autor del proyecto de ley de que se acaba de dar lectura, tiene la palabra para apoyar.

El Sr. marqués de MIRAFLORES. Posas veces, señores, he necesitado mas la benevolencia que años hace me dispensa este ilustre cuerpo, que al apoyar el proyecto que acaba de leerse. La empresa es superior a mis fuerzas; pero son tan profundas mis convicciones que he creído deber anteponer el interés de la patria a toda otra consideración. Ante todo debo hacer algunas advertencias previas.

Es la primera, que en mi opinion la España no puede ser regida sino por un gobierno representativo constitucional. Para que este sea mas verdad que lo ha sido hasta aquí, es para lo que he tenido el honor de presentar el proyecto que nos ocupa.

La segunda advertencia es, que si el ministerio presidido por el señor conde de Lucena, o el presidido por el señor duque de Valencia, hubieran vuelto las cosas al ser y estado que tenían antes de la triste y fatal revolución de 1854, cuando el gabinete actual tiene ocupada una comisión de este cuerpo en el proyecto de reforma de algunos artículos de esa misma Constitución, es decir, que ambos ministerios han aceptado el principio de reforma, creo que me halló en el caso de tomar la iniciativa de una reforma, sin exceder los límites de la consideración que se debe al gobierno.

Restame aun otra advertencia. Convenido yo de la necesidad de variar nuestro sistema electoral vigente, no solo por mi propia razón, por mi propia convicción, por el estado profundo y detenido que de la cosa pública vengo haciendo hace 40 años; pero también por el clamor universal de los pueblos que piden una modificación en el actual sistema que tanta les perjudica, he buscado un medio de sustituirlo con otro, y confieso que no lo he podido encontrar. Me he visto en la terrible alternativa de optar entre la muerte, y los tristes resultados que ven produciéndose hoy por las pasiones y la perturbación que resulta del actual sistema; por esto he dado preferencia a la muerte.

Si yo, señores, demuestro al Senado que el sistema electoral actual es perturbador de la sociedad y del sosiego público; si yo demuestro que imposibilita la buena administración del Estado; si yo patentizo que eso que se llama derecho de elegir es una ficción, en cuanto que no se puede ejercer con libertad y verdad; si yo demuestro, en fin, que sea el que quiera el sistema electoral que se adopte, no influye en la esencia del gobierno representativo, habré probado, si no que el sistema que yo propongo es el mejor al menos que hay una obligación moral en los cuerpos colegisladores de libertar al país de semejante calamidad.

Desde la aparición de la Constitución de 1812 en Cádiz hasta el presente, es decir, en 44 años, ha habido cuatro constituciones y otras dos no nadas, y cada una de ellas ha tenido un ley electoral.

Desde 1812 puso en la misma Constitución la ley electoral. Los señores senadores recordarán que la elección era indirecta, empezando por las juntas parroquiales, cuyo artículo se acababa al sufragio universal; después había los electores de partido, y luego los electores de provincia, etc. Todas las veces que apareció en nuestro horizonte la Constitución 1812, cuando tantas se plantó aquella misma ley electoral, cuando por primera vez se introdujo una nueva era de gobierno representativo, o sea en 1834, con el estatuto real, se dió otra ley electoral, la cual reconoció el principio indirecto, pero ya de otra manera, pues los regidores de las cabezas de partido, unidos a un número igual de contribuyentes, componían el cuerpo electoral. La Constitución que debió hacerse antes de la revolución de la Granja, hizo las elecciones con esta ley. Vino después la Constitución de 1837, y esta ya fué un verdadero adelanto en la ciencia constitucional.

En aquella ley electoral, reconociendo el peligro de la supremacía del poder legislativo, sobre la corona, se procuró restringir su acción, adoptándose el principio de la elección directa. En esa ley electoral se estableció el principio de las listas que se encomendaban a las diputaciones provinciales, auxiliadas de los ayuntamientos; así como de la 1845 se les encomendó a los ayuntamientos solos. No mejoró, sin embargo, la situación del sistema electoral. Empezábase las elecciones por la formación de las listas, pero no se oía a los interesados; y los electores, si bien tenían derecho de reclamación, este derecho estaba limitado a un tiempo dado, a un término fatal, y sobre todo,

tenía el gran inconveniente de exigir ese ardor político ese deseo de ser elector, de que desgraciadamente no participaban los hombres que no pertenecían a la condición de hombres políticos. El resultado de esto era, que el hombre tranquilo solía encontrarse al depositar el voto, con que se le impedía votar por no estar en la lista; es decir, se le declaraba que no era elector. Coetáneamente se debió necesariamente de suscitar una cuestión magna; es decir, la de si el gobierno podía o debía dirigir o influir en las elecciones. La aplicación de esta doctrina dependía del mayor o menor crédito del ministerio que las hacía.

Ministerio hubo que creyó que no debía hacer mas que influir; o sea dirigir; porque yo creo que no hay ninguno que debiera abandonar enteramente la elección, porque el resultado podría haber sido la anarquía. El ministro mas temeroso decía a la autoridad: «Vea V. los que tienen mas probabilidad de ser diputados, y apóyelos V.», con tal que sean de mi partido. Es decir, que el gobierno se constituía de hecho el representante de un partido. Vamos a ver lo que sucedía con los opositores que desahucian el gobierno en la lucha electoral. ¿Qué hacían? Formaban comités, creaban coaliciones, y todos los elementos perturbadores se ponían en juego, convirtiéndose el derecho de iniciativa en derecho de defensa; en la lucha. ¿Y qué bienes reportaba esta lucha al país? En mi conciencia, absolutamente ninguno. ¿Y qué hacían los que deseaban constituirse en candidatos del gobierno? Solicitar su apoyo para ser diputados; es decir, sancionar y legalizar la participación del gobierno en la elección de los pueblos. A estas aberraciones da lugar el sistema actual.

Legaba el caso de elegir entre los candidatos, y muchas veces ninguno de ellos renia las condiciones necesarias para ser legislador. Al contrario, se ve que el puesto de diputado se ha hecho mas de una vez como el primer escalón de la carrera al salir de la escuela. Pero avanzamos mas: formadas las candidaturas, ya el elector no era libre para emitir su voto; tenía que dárlo al candidato del gobierno, o al de la oposición. ¿Y cuántas veces, no encontrando al elector en su libre juicio a ninguno de ellos digno de sus sufragios, que hacía entonces? Optar precisamente por uno de los dos, o escribir otro nombre en la papeleta, lo que equivalía a escribir el nombre de furores y enloquecidos al elector en este caso, podía decirse que votaba con conciencia. Al contrario, se lo hacía votar fuertemente a ciegas. Y si se dice que esto es un artificio, contesto que los hombres de hoy no pueden intervenir en artífices.

Por otra parte, en este llamado artificio se colocaba al representante del gobierno en una situación equívoca, haciéndole jugar un papel poco digno y conforme con su misión; se le convertía en agente de elecciones. ¿Y para qué? Para dar a los pueblos algunos representantes, cuyos nombres conocían por primera vez en la papeleta que se les daba para votar. Hay mas, y es triste espectáculo el ver a las autoridades convertidas en agentes de elecciones; primero se veían en la deplorable posición para negar su fin de empezar halagando, luego ofreciendo, después amenazando, y por último haciendo concesiones, las mas a propósito para perturbar por completo la administración del Estado.

Vamos ya al diputado que entraba por estos medios, que seguramente no eran todos; pero los que así entraban, no entraban, no, por la puerta de la honra; que es la que prefirieron siempre los antiguos castellanos. Mis una vez aludido un diputado por tan menguados medios, mas de una vez se hallaba alguno que otro que se convertía en pretendiente, y no pocas veces en agente de los intereses de sus electores, para perpetuar la elección, para adquirir el carácter de eso que se llama diputado natural.

Recordar que la escuela liberal condenó los oficios perpetuos y los diputados de linajes, como nocivos a los intereses públicos; pero los inconvenientes de la perpetuidad se reproducen con el actual sistema de elecciones, puesto que hay hombre que es diputado de un mismo distrito, hace extracto o quince años. Yo no digo que esto sea malo ni bueno, pero si que al lado de las ventajas que se le puedan atribuir, tiene la multitud de grandes inconvenientes, porque este es un medio de poder un diputado que viene en si un derecho p. tpeo de elección, habérselas con ventajas inmensas contra todo gobierno, en el campo de las oposiciones. De aquí puede producirse también lo que me sucedió a mí cuando fui elector, al darme como mérito que yo fui elector al ministerio; yo hube de contestar que no daba cruces por votos.

Molestaria al Senado si siguiera acumulando hechos sobre hechos, para probar lo inconveniente del actual sistema de elecciones. Entiéndase bien: yo no deseo inferir agravio a nadie; digámonos diputados hay, y ha habido elidos por todos los sistemas: mis observaciones se refieren en general a los abusos a que se presta el sistema que combató.

No por eso creo haber demostrado ni la perfección ni las ventajas del sistema que propongo; lo que sí digo es que lo existente no puede ser peor, y debe sustituirse. Además, el principio de insalubridad no es nuevo en España, pues en Navarra se ha aplicado, si no para nombrar los diputados, para formar los ayuntamientos, que eran el cuerpo electoral, pues ellos nombraban los diputados. En 1829 en las Cortes de Pamplona se presentó una petición al Rey, en la que las Cortes le pedían varias mejoras en el sistema de insalubridad. Había bolsas que se llamaban de alcaldes, y otras varias que se formaban por informes solemnes acerca de las calidades que exigía la ley para ser insalubridad en cada una de las bolsas; así se formaban los ayuntamientos, que era el verdadero cuerpo electoral.

En suma, señores, como de dos males conviene siempre elegir el menor, y el sistema que hoy se sigue es tan malo, que en mi juicio no puede haber otro peor, creo que el Senado haría un gran servicio, no digo aprobando desde luego mi sistema, sino tomando en consideración mi proyecto de ley, a fin de que, examinado con participación del gobierno, se adopte una cosa con la que demos a los pueblos paz, sosiego, quietud y reposo.

Al preguntar si se tomaba en consideración, pide la palabra el señor Valhondo para votar.

El Sr. VALHONDO. Señores: la cuestión propuesta por el Sr. marqués de Miraflores es tan trascendente y grave, que sería sumamente delicado que el Senado adoptase una resolución sin haber oído al gobierno y a estar convenientemente ilustrado sobre punto tan importante. Es bien sabido que lo existente es malo, y por esta razón, el gobierno, que debe conocer la enfermedad que es positiva y notoria, debe proponer su remedio. Si el Senado toma en consideración el proyecto, ya se sabe cuáles son los trámites que ha de seguir, según el reglamento. Si no lo tomas en consideración declarar que lo existente es inmejorable, que no hay necesidad de tratar de esta cuestión; y eso n lo creo acertado. Opino por lo tanto que este asunto no se tome en consideración sin antes al gobierno.

El Sr. GALIANO: S. M. ha precedido en lo que tenía que decir. Propuesto está a la resolución del Senado un punto importantísimo, que se roza con el iniciado por el señor marqués de Miraflores. Las razones con que lo ha apoyado son poderosísimas, y creo por lo tanto que el Senado debe suspender toda resolución hasta oír al gobierno.

El señor marqués de MIRAFLORES: Efectivamente, he tenido la desgracia de que ningún individuo del gabinete se halle presente, lo cual podría atribuirse a poca importancia; pero yo, que deseo que lo existente se mejore, ya para sea mejora del gobierno, o de algún señor senador, no hallo inconveniente en que se acceda a lo propuesto.

El Sr. PRESIDENTE: Debo manifestar a los señores senadores, que el señor ministro de Estado me ha indicado sería imposible asistir hoy a esta sesión por estar ocupado en el otro cuerpo colegislador.

El señor GALIANO: Repito, señores, que en mi concepto, el gobierno debe ser oído, y que debe ser tan o mas, cuanto que la opinión pública se apoderará de esta cuestión, manifestando la suya.



caso se nombrase, se pondría ante todo de acuerdo con el gobierno de S. M.

Creo importante que el Senado tome la iniciativa en esta materia, que es de gran trascendencia, porque de ella han nacido los disturbios ocurridos en estos últimos años; y creo que debe tomarse tanto más, cuanto ya he dicho que la comisión no adoptó resolución alguna, sin ponerse de acuerdo con el gobierno.

El Sr. OLIVAN: Para votar es necesario antes de todo saber el significado del voto. El señor marqués de Miraflores ha dicho que, cuando se toma un asunto en consideración, no se prejuzga nada. S. S. se ha equivocado, pues al tomarlo en consideración un asunto, se muestra ya aprobación en cuanto al fondo de él. En mi concepto, debe invitarse al ministerio para que nos diga si, reconociendo los abusos que existen en esta materia, tiene algún pensamiento sobre el asunto; y entonces podrá el señor marqués de Miraflores apoyar o retirar su proyecto. Yo votaré por él, aunque no estoy por la inacción.

El Sr. marqués de MIRAFLORES: Yo he dicho que después de reflexionar bien sobre la situación del sistema electoral y sobre la necesidad de remediar sus abusos, no he encontrado nada que sustituyera por lo cual, debiendo optar entre las pasiones con todos sus inconvenientes y la suerte, he optado por esta. El señor Olivan ha dicho que yo creo que no se prejuzga el fondo de la cuestión con admitir mi proyecto. S. S. dice que si se prejuzga. Esta es una cuestión de mera apreciación, en la que cada cual puede apreciar las cosas como guste.

Levóse la siguiente proposición incidental:

«Que el Senado que en atención a la gravedad de la materia, se suspenda esta votación hasta oír al gobierno de S. M.»

El Sr. secretario HUET: Bajo dos conceptos se puede pedir la palabra para votar. Primero, para aprobar o no la proposición incidental; y segundo, para tomar o no en consideración el proyecto de ley del señor marqués de Miraflores, en el caso de desahucarse aquella. Hay que tener en cuenta, además, que no se desahucó dicho proyecto porque el Senado no lo tiene en consideración en este momento.

El Sr. marqués de MIRAFLORES: Tan lejos estoy de oponerme a lo que el Senado considere lo mejor, que yo rogaria al señor presidente que se pasara el *Diario de las Sesiones* al gobierno de S. M., invitándole a otra sesión.

El Sr. PRESIDENTE: Es preciso guardar en la discusión el orden debido. El señor duque de Rivas tiene la palabra relativamente a su proposición incidental.

El Sr. duque de RIVAS: Señores, mi digno amigo y compañero el señor marqués de Miraflores, animado del más puro patriotismo, ha presentado un proyecto de ley de una importancia suma, capaz de variar por sí solo las condiciones del sistema representativo. Yo hago mía la pintura que tan elocuentemente nos ha presentado S. S. de la actual situación de nuestro país, producida por los defectos de la ley electoral; y creo, por lo tanto, que necesita una reforma; pero creo también que por lo mismo que la cuestión es tan grave y trascendental, no obraría cuerda y prudente el Senado tomando una resolución, sin haber antes oído la opinión del gobierno de S. M.

Veo que el señor marqués de Miraflores manifiesta su conformidad con mis palabras, dando a entender que no tendrá inconveniente en dar su voto a la proposición que he tenido la honra de presentar al Senado; proposición con la cual en nada se invaden las prerrogativas de la Cámara, ni se ofende el amor propio de S. S.

Por lo demás, tomar en consideración un proyecto cualquiera, es una cosa gravísima que compromete la decisión del Senado.

Acto continuo preguntó el señor secretario Huét si se tomaba en consideración la proposición incidental del señor duque de Rivas; y habiendo sido afirmativa el acuerdo, resolvióse a continuación que la votación relativa a tomarse o no en consideración el proyecto de ley electoral del señor marqués de Miraflores, quedase suspendida hasta que se oyese la opinión del gobierno de S. M. sobre el mismo.

El Sr. PRESIDENTE: Oíen del día. Discusión del dictamen de la comisión sobre ratificación del tratado de límites entre España y Francia.

El Sr. marqués de RIVAS: Ocupado en la cámara de diputados y no puede asistir hoy a esta.

El Sr. duque de RIVAS: Pido la palabra. La materia es grave, y creo que sería conveniente la asistencia de los señores ministros; por que en su asunto en que se agitan intereses extranjeros mezclados con los nacionales, y nadie como el Sr. ministro de Estado podría ilustrarnos y dar todas las explicaciones necesarias relativamente al particular.

El Sr. PRESIDENTE: Es cosa muy grave suspender una discusión por no estar presente el gobierno de S. M. Sin embargo, por esta vez se va a preguntar si se suspenda la discusión anunciada, hasta que se presente el gobierno.

Hecha la pregunta indicada por el señor presidente, la resolución del Senado fue afirmativa.

El Sr. PRESIDENTE: Se levanta la sesión, y para la próxima se avisará a domicilio.

Erán las tres y cuarto.

## CONGRESO.

Presidencia del Sr. MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 2 de junio de 1887.

Abierta a las dos menos cuarto, se leyó y aprobó el acta de la sesión anterior, y al preguntarse si se aprobaba dijo:

El Sr. SANCHEZ SILVA: Que sea nominal la votación.

El Sr. BELDA, secretario: No hay más que un diputado que lo pide.

El Sr. SANCHEZ SILVA: Que conste que no hay número suficiente para abrir la sesión.

Varios señores diputados: Que sea nominal; que sea nominal.

Verificada la votación, resultó aprobada el acta por 76 votos, en la forma siguiente:

Barzanallana, B. d. — Boulligny. — Sorez Inolan.

Orovio. — Ferreira Camarero. — Conde de Vista-hermosa. — García Hidalgo. — Cardenal. — Teresa.

marqués de los Salados. — Urries. — Maquieira. — Membrado. — Conde de Rivalligiegado. — Salas. — Cuadrillero.

— María Barneuve. — Franco. — Agudo. — Rivas. — Jimeno. — Canseco. — Olona. — Melgar. — Miró, Flores.

— López Serrano. — Fontellas. — Sánchez Ocaña. — Bernad. — Enriquez. — Gandara. — Casado. — Tobar Pérez. — Barona. — Estrella. — Marqués de San Isidro.

— Conde de Gijeneche. — Conde de San Juan. — Falcas. — Alcalá (barón de). — Barber. — Vonde de Padilla.

— Polo. — Quintana. — Argüelles. — Reina. — Canga Argüelles. — Nuñez Arenas. — Balboa. — Borrego. — Sánchez Silva. — Ríos Rosas. — Valarino. — Martínez Marín.

— Vazquez Parga. — Latorre. — Urra. — Arias. — Muñoz Andrade. — Fuentes. — G. de la Macorra. — Rebollar. — Castellanos. — Montecastro. — Feriandez Negrete.

— Masip y Vich. — Zúñiga. — Muñoz. — Miró de Pidal. — Aranzastain. — Quirós. — Echevarría y Fuentes.

— Santillán. — Señor Presidente. — Pidal, 76.

Se dio cuenta de que el Sr. marqués de Rivas había nombrado a los señores Lalor, Cerrajería y Cantero, para formar parte de la comisión que ha de examinar las operaciones de la dirección de la donda pública.

Pasaron a la comisión de actas varios documentos relativos a las elecciones de Colmenar.

Se leyó por primera vez, y pasó a la comisión, una adición al dictamen sobre el decreto relativo a la quinta de 50,000 hombres, suscrita por el señor Sánchez Silva.

Juró y tomó asiento un señor diputado.

## ORDEN DEL DIA.

Se procedió al sorteo de las sesiones según reglamento.

## CONTINUACIÓN AL DISCURSO DE LA ROSA.

Continuando esta discusión, dijo:

El Sr. marqués de PÍDAL, ministro de Estado: Cuando días pasados espuse la política del gabinete, ené por principio que no podía concebirse bien sino concompañía con las demás que se hacen oposición.

Me fijé en el cargo que se nos ha hecho de falta de

gualdad; y recordando sucesos pasados hice ver que ciertos partidos que proclamaban la legalidad, han conculcado los fueros del Parlamento, y que solo el partido moderado es el que está exento de esa culpa. Demostre que precisamente el gobierno a que había pertenecido el Sr. Ríos Rosas había dado un golpe de Estado, y había prescrito en sus actos de esa legalidad de que S. S. se mostraba tan decidido defensor.

Yo ahora y confírmame al discurso de su señoría.

Yo creo que el señor Ríos Rosas, esponiendo primero su política, y comparándola con la nuestra, ha seguido el verdadero método. Yo lo seguiré también.

S. S., al defender su política, ha dado una significación inexacta a los hechos. S. S. se ha hecho el centro de la política en un período dado, centralizador del giro giraban todos, como giran al rededor del sol los planetas de nuestro sistema. Dijo que el partido moderado era incapaz de formar gobierno; y por mas que yo rechace esta calificación, debemos dar las gracias a S. S. por ella, pues hace poco nos declaró muertos, y mas vale ser incapaz que muerto. Algo hemos adelantado. D. que deducía el Sr. Ríos Rosas que se necesitaba un partido medio que reemplazase al moderado, y como si los partidos se creasen con una palabra, S. S. quiso crear el de la unión liberal, panacea de los males del país.

El ministerio de 14 de julio, se formó, dice S. S., reuniendo desde el primer momento la simpatía de todos los hombres dignos de todos los partidos. A pesar de esto apoyo no nos explicó el Sr. Ríos Rosas cómo vino aquella gran colisión que salpió de sangre a Madrid y a las provincias. Esta lucha, dice S. S., no sirvió sino para realizar la victoria y ostentar nuestra elevación; y una vez alcanzada la victoria, dimos una maravilla llamada acta adicional, verdadera solución de todos los problemas. Por desgracia se incurrió en la inmensa responsabilidad de interrumpir la marcha digna y grande inaugurada una política tan mala como la de S. S. era buena.

Así comprende S. S., engañado por las ilusiones de su amor propio, los sucesos últimos. Pero, ¡ah, señores! ¡Cuán errónea es esta historia! El advenimiento del ministerio de S. S. fue una penúltima parte del drama sa griego que hacia dos años se representaba en España. En vano S. S. ha querido agrandar aquel breve período de su brevisimo ministerio: no es mas que un breve episodio del gran drama. Su primer error ha sido suponer que la unión liberal comenzó en 14 de julio. No, señores, la unión liberal se formó en 1851. Entonces se inauguró con el ministerio del duque de Rivas, en que también estaba S. S.; y entonces se creyó que aquella era la única combinación posible, porque los ministerios de coalición suelen a veces sacral al país de grandes crisis. Ahora bien, la unión liberal anima la entonces de las mejores intenciones, ¿qué éxito tuvo? ¡Necesito decir que fue rechazada a cañonazos cuando parecía una planta espontánea!

Vino después otro ministerio de coalición necesaria, representada por dos hombres importantes: el general O'Donnell y el duque de la Victoria. He aquí la primera vez que se constituyó con fuerza la unión liberal. Era aquel el ministerio de una unión liberal seria, mas efectiva; aquella situación no se hubiera sostenido dos meses sin esa unión. Y cuál fue el resultado, ¿a pesar de los elementos de fuerza con que contaba? ¡Una lucha continua que, unas veces en forma de anarquía, otras en forma de arbitrariedad, se propagaba a todas partes. El progreso rechazaba hoy día la participación de la responsabilidad de aquellos sucesos; pero el país entero asignaba a cada uno la parte que representaban; decía el general O'Donnell representaba al partido moderado; el general Espartero representaba al partido progresista. En vano se abrazaban; en vano decían que estaban unidos; el país miraba aquellos abrazos como una comedia, comedia que duró dos años, pero al fin comedia.

Creo que habrá pocos en política que en algún tiempo no hayan tenido la ilusión de una unión liberal, pero no la comprendo yo en los que han tenido parte en los sucesos de los últimos años. ¿Qué importa que ella sea una ilusión buena, generosa, si es imposible y produce tan funestos efectos?

Cuando la coalición se había deshecho a cañonazos, el señor Ríos Rosas se ase a una sombra. El error grave de aquella política es creer que la unión podía ser dura. Era una lucha en ella; pero quién la libraba? Los elementos conservadores con los revolucionarios. La unión liberal quedó muerta en la lucha; lo que quedó fueron los principios conservadores. ¿Cómo conseguir la unión después de la lucha?

Así, pues, los elementos conservadores eran dueños de la situación y debían haber fundado gobierno; y esto que hubiera dado desahogo a la situación, se echó a perder por el empeño de resucitar una cosa muerta. Pero ¿qué sucedió? Que la corriente de los sucesos, y la opinión del país, arrastraron al ministerio de S. S. y su acta adicional y todos sus proyectos.

S. S. se dirigía días pasados a los diputados nuevos. Pregúntelos si estaban al lado de S. S.; pregúntelos si no creían que era necesario el advenimiento de otra política.

Esta es la verdadera inteligencia de la situación aquella; y de haberla desconocido S. S., SS., vinieron naturalmente los sucesos y la caída de S. S. mismos.

Voy a pasar ahora una revista rápida de las promesas que ha dado S. S. Empezó diciendo como axioma que el partido moderado era incapaz de gobierno.

¿Por qué? ¿Se atreverá S. S. a decir que no tiene elementos de mando? ¿Podrá decir S. S. de este partido que decía del suyo el Sr. Santa Cruz cuando aseguraba que se componía de hombres incipientes? ¿Pues dónde va a buscar S. S. los elementos para gobernar, si no los encuentra en el partido moderado? ¿Están en el partido progresista? No: uno de sus mas autorizados representantes nos lo ha dicho. ¿Existían en otros partidos fuera de los que he citado? Eso: no son partidos hoy día, no son mas que intenciones de partido.

Hay, si, muchos protestantes, muchas opiniones negativas, muchos que dicen: somos enemigos del partido moderado, pero que salgan de la esfera de la negación, que traten de establecer un credo, que digan cuál es su política, y estoy seguro que en general no podrán formar sino una penúltima fracción que no podrá llamarse partido, que merecerá más bien el nombre de pandilla.

Dice S. S.: conojo que, muerto el partido moderado, se necesitaba un partido medio, conservador y constitucional. Es decir, que para llenar el hueco del partido moderado, se necesitaba el partido moderado. Pero, señores, ¿quién no recuerda que esa especie de partido medio, no es idea nueva, sino que ha sido aquí la ilusión de muchas personas? ¿No ha habido un tercer partido, uno que se llamó la joven España, otro que se dijo partido puritano y últimamente la unión liberal? S. S. citó esos antecedentes, en prueba del antiguo origen de esta ilusión; pero esos intentos malogrados, prueban que donde se cree que hay un rumbo, lo que hay es un escollo, y que no debemos marchar en esa dirección, cuando los que han ido delante de nosotros se han estrellado.

Pero, señores, ¿no nos decía S. S. que era imposible que se uniera el partido moderado? Pues si en opinión de S. S. no pueden unirse los que opinan de un mismo modo, ¿cómo quiere que se unan los que siempre han estado y están en lucha?

He dicho que el conflicto que vino al cabo de los dos años era un conflicto necesario. No escatimé los elogios que se deben a los que estuvieron al frente de la lucha. Ellos aprovecharon los elementos conservadores, triunfaron, y nos salvaron de graves males. Si la revolución hubiera venido, ¿quién sabe dónde habría llegado? Muchos de los que la defendieron habrían sido tal vez las primeras víctimas del desarrollo que hubiera tomado y de los sucesos a que no hubiera podido menos de entregarse.

Sin embargo, si la lucha fue un bien grande para todo el mundo, al ministerio de 14 de julio le sacó de una posición muy falsa. Yo pregunto: ¿sin la lucha, ¿qué hubiera hecho S. S. de las Cortes y de la Milicia, reconociendo, como dice que reconocía, la legitimidad de todo lo que existía entonces? ¿Había tenido que emprender una lucha inmediata, y no hubiera hecho mas que retardar la fecha del conflicto?

Dice S. S.: después de la lucha nosotros nos mostramos como si nada hubiera pasado. Señores, los que quieren decir que procedieron como si no hubiera sucedido aquel hecho, están en un error. No tenía aquel gobierno fuerza para obrar de esa manera. La disolución de las Cortes, la estinción de la Milicia, la promul-

gación de la Constitución de 1845, la misma acta adicional, no son mas que resultados lógicos de aquel suceso. Sin él, ¿cómo podían haberse verificado? Lo que es prueba era que el torbellino arrebata a sus señores, sin SS. SS. saberlo. No negaré, sin embargo, que aquel gobierno cometió el error de no dar al suceso la importancia que tenía, de empeñarse en contrarrestar los SS. SS. no adoptaron la política, no ocuparon la posición que convenia adoptar, se colocaron en una posición falsa, desperdiciaron la fuerza que los sucesos habían puesto en sus manos, y por eso cayeron de un soplo.

He aquí la razón del cambio de política. La que nosotros representamos era radicalmente contraria, y por eso S. S. nos ha hecho cargos severos, y a veces hasta inconvenientes.

Dice S. S.: en ese acontecimiento había una tendencia reaccionaria que podía estraviarse. En todo grande acontecimiento sucede lo mismo; hay una tendencia que puede estraviarse. Si, señores; ¿y con qué lo quería detener S. S.? S. S. lo que hizo fue facilitar el curso a esa tendencia. Para hacerla frente, era preciso separarse del criterio particular de S. S. ó de cualquiera otro, y elegir el terreno que nosotros hemos elegido, el terreno de la ley.

Nosotros apelamos a nuestro criterio particular; proclamamos lo que habían hecho las Cortes con la corona. Este es el terreno sólido.

Dice S. S.: era necesario una política clara, no esa política oscura de la situación actual. Señores, nuestra política es transparente; ¿queremos la ley; lo que el parlamento y la corona hayan votado; y si algo mas ó menos queremos, será con el parlamento y la corona. Esto es sencillo, esto lo comprende cualquiera; esto no da lugar a dudas.

¿No es esto mas claro que el logogrifo de S. S.? ¿Quién podía comprender una política que consistía en llamar hoy facciosos a los mismos de quienes el gobierno se rodeaba mañana?

Lo mismo sucedía respecto de eso que se llama la elemental observada por aquel gobierno después del conflicto. Aquí se veían muchos paseándose, pero en las provincias uno estaban escondidos, otros emigrados, y otros habían sido castigados. ¿Quién comprendía la situación cuando se hablaba de reorganización de la milicia y luego se extinguía? ¿Quién la comprendía cuando hoy se nombraban para altos puestos personas de opiniones altamente conservadoras, y mañana personas exageradamente progresistas?

Dice el señor Ríos Rosas: nosotros proclamamos francamente la dictadura. Es verdad; pero la dictadura es un medio, no un fin. ¿Cuál era el fin de esa dictadura? Si hubiera sido restablecer las leyes, violentamente suspendidas, se comprende que hubiera tenido resultado. ¿Mas para dar la acta adicional? La dictadura no sirve para dar Constituciones que duren mas que ella. S. S. cree que a su lado estaba la opinión pública. Todos nos formamos al rededor una especie de atmósfera en que se nos aplauda; por eso no hay en estos gobiernos otro criterio de la opinión pública que estos cuerpos. Cuente S. S. los partidarios que tiene aquí y en la otra Cámara, y verá que está en una ilusión, por mas que le digan sus amigos. En efecto, si su señoría estaba rodeado de todos los partidos ¿por qué la dictadura? ¿Por qué el estado de sitio, extendido a toda la prensa? ¿Por qué asustarse de la presencia de un hombre que se decía que podía volver a España para que el país estuviese constituido? Si S. S. SS. creían que la conservación del orden público exigía que las leyes callasen por algún tiempo, lo que aplaudía que las hicieran callar; todos lo hacen; pero fuera de esas circunstancias, proclamar la dictadura para dar una Constitución puede hacerse: eso no es dictadura, eso tiene otro nombre.

Por S. S., echándose a buscar una Constitución, restablecieron la de 1845, no porque fuera la legítima, sino porque les parecía la mejor. Dice S. S.: no faltaba necesidad de haberla proclamada. Yo la niego; y creo que desahucias las Cortes, la Constitución de 1845, que no había sido derogada, era la que debía regir de hecho y de derecho.

No entraré en la especie de metafísica con que ha explicado S. S. la formación de la legalidad. El señor Ríos Rosas, a pesar de toda su metafísica legal, no puede defender la legalidad de las Cortes constituyentes. Sus defensores apelan y se sustentan al principio de la soberanía nacional que S. S. llama absurdo, y yo también, pero no al fin es un principio que se proclama. Con la metafísica de S. S. no se defiende. Por lo demás, ¿quién ha de negar que de los hechos mas punibles nacen a veces derechos respetables? El asesinato de un padre era derechos legítimos en la sucesión de los hijos. Pero en las naciones hay cosas que han empezado por un crimen, y que sin embargo están legalizadas, no por su origen, sino por la aceptación de las consecuencias.

Y decía S. S.: la revolución de la Granja, ¿no creó una situación? ¿No tuvo por consecuencia la Constitución de 1845 que el partido moderado reconoció? ¿Claro; pero ¿qué quiere decir esto? Que si y hechos punibles que producen situaciones que por la aceptación posterior adquieren con el tiempo legitimidad. Así se ha creado la legitimidad de muchos reyes que hoy día mandan. Pero, ¿qué tiene que ver con todo esto la legitimidad de la Reina de España? No lo comprendo, y sin embargo, S. S. dijo que se comprueba con ciertas doctrinas esa legitimidad. Señores, esto es un grave error: ni los sucesos de Aranjuez, ni ninguno de los que citó S. S. por mas culpables que sean, pueden comprometer la legitimidad de la Reina.

S. S., hablando del acta adicional, desconoció el fuero precedente que se sentaba variando la ley fundamental del Estado por un acto ministerial. Para qué ¿no comprendió S. S. que dejaba la puerta abierta al desprestigio del sistema representativo, a destruir el sistema constitucional por su base? ¿No comprendió que por ese medio se podría ir a muy opuestos fines?

Entrando S. S. a juzgar el fondo del acta, dijo que, viendo que a pesar de estar escrito en la Constitución que se reunieran las Cortes y se votaran los presupuestos nada de esto se había, quiso poner en duda a tantos males. Y erre S. S. que esto puede enmendarse con un acta adicional! En todas las constituciones y en la de 45 está escrito que las Cortes se reúnan y los presupuestos se voten anualmente, y sin embargo, en unos países se ha cumplido ese precepto y en otros no, porque las circunstancias lo han impedido. Luego el cumplimiento no depende de que el precepto esté o no expresamente escrito en la Constitución.

Question práctica, cuestión de reglamento. Esta era una opinión general, y en estas cuestiones consiste tal vez, que no se tomen disposiciones importantes. Porque si circunstancias particulares impiden que se reúnan las Cortes, el que está no puede hacer que se reúnan.

Si no se reúnan por esas circunstancias, continuará lo mismo aunque se escribiera; si era por mala voluntad, el no habérselas haría el que estuviera escrito que se tuviese mejor voluntad.

Además, todo el mundo sabe que estas disposiciones directas, son siempre inútiles, por que en política hay que buscar medios indirectos.

S. S., en seguí, insistió la necesidad de que el Senado y el Congreso fueran iguales en facultades. Lo son por la Constitución de 45. Yo creo que S. S. pensaba en la de 1837, donde eran efectivamente diferentes; pero hoy no hay mas que la diferencia de que se discutían los presupuestos aquí antes que allí. Creo, pues, que S. S. ha padecido una equivocación, o que ha querido agrandar esta diferencia.

S. S. habló del nombramiento de alcaldes por la corona. Señores, este hecho viene desde el fuero de Leon en 1020, y lo tenemos después siempre; y este hecho se explica hasta por el mismo nombre de los jueces, que se llamaban *corregidores*, porque iban a corregir los abusos. De consiguiente, como este mal puede existir lo mismo en cualquier número de almas que tenga una población, no se debe tocar a esta prerrogativa de la corona. Lo que si debe hacerse: es tener mas parsimonia para nombrarlos.

S. S. ha hecho un cargo gravísimo con las palabras mas duras e inconvenientes que ha oído demuecho tiempo el Congreso. S. S. supone que nosotros nos comprometimos a traer en forma de ley el acta adicional, y dijo S. S. que este cargo no podía calificarse de una manera conveniente; palabras que yo rechazo contra S. S. Nosotros no nos hemos comprometido a nada, sino que no queríamos zaherir al acta tan, aun a aquellos actos que tomamos que reputamos malos. ¿Acaso decíamos nosotros en nuestro preambulo? (Leyó un párrafo del preambulo del decreto suprimiendo el acta

adicional.) Estas son las palabras de que deduce el señor Ríos Rosas que nosotros la traíamos aquí como ley? Nosotros la hemos traído para que el Congreso la examine, pero de ningún modo como ley, porque no son esas nuestras ideas. Esto se explica en lo que sigue del preambulo. (Siguió leyendo.)

Y luego después decía S. M. (Leyó el decreto.) Hemos dado cuenta a las Cortes, y ahí está para que las Cortes decidan ¿quién cumplió lo que prometimos? ¿Se quiere que lo traigamos aquí como ley? ¿Cómo es posible esto si no son nuestras ideas? S. S. agranda todas las cosas, se crea fantasmas, y luego da contra ellas lanzadas como si fueran cosas reales y efectivas.

S. S. pasó en seguida a atacar la reforma de la constitución. Yo no voy a examinarla, porque tiempo vendrá para ello, y se espondrán las razones que ha habido para proponerla; porque no es voluntaria. En 1845 hubo un partido que quería una reforma, y nosotros nos oponíamos porque la opinión no estaba en el caso de recibirla. S. S. dice que es partidario de las herencias y no de las vinculaciones políticas. Yo no comprendo que pueda existir lo primero sin lo segundo; pero ya en un día se discurrirá esto con debido detenimiento.

Habló S. S. de los reglamentos; es decir, de los reglamentos que pongan de manifiesto las relaciones de los cuerpos colegisladores con el gobierno. S. S. dijo que esto, hecho por una ley, era una cosa que hería el decoro del parlamento; ¿cómo es posible esto? Pues qué, ¿queremos nosotros que el Congreso no vote reglamento? S. S. que modificó la constitución por una acta adicional ¿quiere que esto es una cuestión de decoro? S. S. ha hecho la calificación mas dura de las leyes administrativas. S. S. ha dicho que la experiencia había demostrado lo malas que eran. Yo creo que ha demostrado lo contrario, porque todo lo bueno que hay de bueno en nuestro país se debe a ellas. No son perfectas, porque nada hay que lo sea; por eso ha nombrado el gobierno una comisión que las examine para reformarlas.

Decía también S. S. en el discurso del día pasado: ¿qué habéis hecho de la ley de ayuntamientos? El señor Ríos Rosas, y repito el argumento de antes, el señor Ríos Rosas, autor del acta adicional, ¿nos quita el derecho de suprimir esa ley que estaba en contradicción con las demás? ¿O adoptamos esa y destruimos las demás, ó dejamos por las otras. ¿Qué habíamos de hacer? Restablecer las leyes de 45 y derogar esta. ¿Y algo de consueable en esto?

Dijo S. S. que no habíamos querido hacer las elecciones de diputados a Cortes hasta hacer las de ayuntamientos; y en esto nos hace S. S. un cargo, porque quisimos obrar con legalidad haciendo que las mesas electorales antes de constituirse estuvieran presididas por los presidentes de los ayuntamientos, y nos acusa también de que no hicimos nuevas listas, cuando está mandado por todas las leyes electorales que las elecciones se hagan con las listas antiguas.

No me detengo yo a hablar de la ley de imprenta, que ha atacado también S. S., porque para esto ya llegaré día oportuno.

Yo no defiendo la ley en sus pormenores, pero digo a S. S. que no sabe si puede saber lo que se gobierna con la imprenta libre, que esta necesita un freno fuerte. Cuando la opinión estaba en favor de aquel gobierno, y S. S. tuvo a la imprenta esclava, S. S. sabrá por lo que hizo, y no crea yo que S. S. hizo esto, vió a ser aquí el apóstol de la libertad de imprenta.

Habló S. S. de los presupuestos; yo no hablaré de esto porque no soy competente, pero hay una cosa que tiene que ver con el honor. S. S. ha dicho algunas palabras que pueden atacar al honor del ministerio, y yo debo exigir una explicación de esas palabras. (Leyó un párrafo del discurso del Sr. Ríos Rosas.)

Al decir S. S. que nos hemos propuesto involucrar esta cuestión ¿ha tratado S. S. a destruir el menor agravio a nuestra personalidad? Yo le ruego a S. S. que diga un sí o no, si el presidente lo permite.

El Sr. RÍOS ROSAS: No respondo ahora, después contestaré.

El Sr. marqués de PÍDAL, ministro de Estado: Yo creo que cuando podía una sola explicación, un sí o no, a una ofensa que yo considero personal, la mas vulgar generosidad no se hubiera negado a ello. Yo no creo que la intención de S. S. haya sido ofenderme; pero quiero saber si a S. S. le ha pasado si quiera por su imaginación inferirnos esa ofensa. Aguardo la contestación.

Voy ahora a hacer un extracto de la gravísima cuestión que se ha suscitado aquí por S. S. acerca de los asuntos de Roma; cosa que, confieso me ha extrañado en S. S. No he visto nunca una exposición mas errónea de lo que ha pasado, que lo que ha dicho S. S. Yo, señores, trabajé en ese concordato, y he procurado por cuantos medios han estado a mi alcance, que los que se atacaban en la prensa, vinieran a combatirle aquí, y ellos no quisieron admitir este reto.

El gobierno, en esta cuestión, ha hecho lo que debía hacer un gobierno: poner en rigor un tratado internacional, al cual se había faltado; y en cuanto a la cuestión de si podía o no tener solución, nosotros esperamos y aun esperamos, que la benevolencia de la Santa Sede, prmitirá un arreglo, respecto a los bienes que habían sido vendidos.

S. S. dijo aquí que el restablecimiento del Concordato, sin la devolución de los bienes, era una engañifa. Yo pregunto al Congreso: ¿son estas las palabras decorosas y decentes con que se deben tratar esas cuestiones?

El Sr. RÍOS ROSAS: Señor presidente: pido que se escriban esas palabras y que se vea si consta esa palabra en el *Diario de las Sesiones*.

El Sr. duque de VALENCIA, presidente del Consejo de ministros: Si se firman, se escribirán y si juntarán con las de V. S.

El Sr. marqués de PÍDAL, ministro de Estado: ¿Es este el modo de discutir, dando esas calificaciones? Yo he escrito esa palabra en el acta: si no consta en el *Diario* será porque S. S. habrá reconocido su inconveniencia; retire la palabra y yo retiraré la censura; pero mientras subsista aquella, esta subsistirá también.

Dice S. S. que nosotros no hemos hecho en el fondo de la cuestión mas que lo que había hecho S. S. Yo contestaré a esto argumento con un sencillo dilema: ó hemos hecho mas que S. S. ó no; si hemos hecho mas, el argumento de S. S. desaparece; y si no hemos hecho mas, es porque S. S. no nos hemos obtenido el restablecimiento de las relaciones y S. S. no lo obtuvo; y comprenda que la calificación de torpes que nos dirigió, se debe cambiar en la de un poco mas listos que S. S.

Vease, pues, cómo cuando se traen las cuestiones a su verdadero terreno resplandecen la verdad en la parte por donde está.

S. S. ha creído también que debía traer al debate otra cuestión que nos negociaciones están pendientes: la cuestión de Méjico. S. S. no ha debido atacarme en esta cuestión, puesto que en ella tengo un candidato en los laicos. Así, que me callaré y solo contestaré a uno de los cargos de S. S. El Sr. Ríos Rosas ha leído un folleto en que se trataba bastante mal a España. Si lo que se dice en ese folleto no es verdad, S. S. no ha debido traerlo aquí, y si es verdad, S. S. que era gobierno entonces, debió dejar el honor español en el lugar correspondiente.

Creo, señores, que en este prolijo discurso, he contestado a la parte mas importante del discurso del señor Ríos Rosas, y doy las gracias al Congreso por la benevolencia con que me ha escuchado.

El Sr. RÍOS ROSAS: Empezaré, señores, por hacerme cargo de lo mas grave que ha habido en el discurso del señor ministro de Estado; discursos comenzados el día pasado, cuyo tono, cuyo espíritu, cuyo colorido puede compararse al Congreso con el colorido y el espíritu de las expresiones del mío; discurso, en el cual, empezó S. S. por decir aquí que yo había dicho varias tonterías. (El Sr. PÍDAL: No dice eso.) Discurso en el cual dijo S. S. que yo decía muchas cosas porque quería, y acompañaba esto de una calificación, que dejaba en duda si lo decía a todas y a veces ó con objeto determinado de faltar a la verdad; discurso en que esculpidos S. S. todavía a mayores demostraciones que podían atacar mi decoro y el de este lugar, comenzó a hacer indicaciones poniendo en duda la lealtad y abastardamiento de mis sentimientos. Por fortuna fue para exprimir que S. S. no prosiguiese por ese camino, y que, cuando, en un momento, caminaba a ser servise rectificar su juicio y dar otra dirección a su discurso.

De boca de S. S. ha salido una palabra a todas las personas ofensiva y mal sonante; y que si en otra parte hubiera estado mal, está mucho peor cuando sale de esa boca; palabra contra cuya aplicación yo he reclamado en el acta, como debería haber hecho S. S. respecto a la otra que a mí se me ha imputado. Yo no puedo recordar todas las palabras que ha pronunciado; tal vez haya dicho alguna, lo cual es muy fácil



vido el talento necesario a realizarlo, aunque no estoy de acuerdo con S. S.; pero no reconozco ni en S. S. ni en nadie del mundo, absolutamente en nadie, el derecho de indicar a creer que puede haber en este asunto ni en otro alguno, nada que pueda ser desleal ni vergonzoso para los individuos que componen el gabinete. (Bien, muy bien.)

Yo reclamo del señor Ríos Rosas que diga si piensa lo mismo que yo, o si en sus expresiones pudo indicar algo que pueda dar pábulo a esa maliciosa que desgraciadamente se va propagando y multiplicando en todos los hombres de España y en todos los asuntos, haciéndose así imposible el gobierno y la gestión de los negocios de buena fe.

Yo suplico a S. S. que sin discursos ni ambages, y con la buena fe que S. S. quiera tener, me dé una explicación categórica y terminante.

El Sr. RÍOS ROSAS: Puesto que el señor presidente del Consejo de ministros apela a mi buena fe, declaro que sin renunciar en nada a mis opiniones, no he tratado de hacer ofensa ninguna personal a los individuos que se sientan en el banco azul.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS, duque de Valencia: No necesito que el Sr. Ríos Rosas diga más; si hubiera deseado que dijese más, porque lo necesitase, lo hubiera reclamado de S. S.

El Sr. Ríos Rosas nos negó todos los derechos que como hombres de honor tenemos de reclamar en todas partes lo que puede manchar nuestra reputación; por consiguiente yo protesto contra las palabras del señor Ríos Rosas en esta parte y en cuanto a lo que ha dicho que es libre de sus opiniones; lo es, señores; es libre, libérrimo, como todos los señores diputados; pero si los señores diputados en sus opiniones, no lo serán jamás para la calumnia; que entre una y otra libertad hay una inmensísima diferencia. (El Sr. Ríos Rosas se levanta.) De ninguna manera la palabra calumnia le ha dirigido a S. S.; es una apreciación genérica.

El Sr. RÍOS ROSAS: Si S. S. mantiene esa palabra. El señor duque de VALENCIA, presidente del Consejo de ministros: No tengo necesidad de mantenerla, porque no la he dirigido a S. S.; tal hubiera sido mi intención, la mantendría; pero he hecho una apreciación general; yo soy muy celoso de que no me ofendan, y por eso no acostumbro a ofender a nadie.

El señor marqués de PÍDAL: No voy a rectificar más que los simples cosas. No he dicho el otro día que S. S. había cometido tonterías; es verdad que he proferido esa expresión, pero he hablado en general; de todas maneras reconozco que no debí pronunciarla, y la retiro.

En cuanto a haber dicho que el acta adicional era un papel mojado, fue solo comparando su importancia con la de otra ley votada por las Cortes.

Renuncio a rectificar lo restante del discurso del señor Ríos Rosas.

El señor ministro de HACIENDA: Voy a ser muy breve. El Sr. Ríos Rosas ha sentido el hecho de que el empréstito Mirés era ilegal e inconstitucional, y no se ha tomado el trabajo de probarlo. Yo contesto a esta aserción de S. S. con otra, y digo que es legal y constitucional. Cuando S. S. se tome el trabajo de probar su aserción, yo probaré la mía.

En cuanto a la necesidad de este empréstito, tendría que molestar mucho tiempo al Congreso, si hubiera de demostrarla. Solo diré en esta cuestión, que hoy he firmado la orden remitiendo el expediente al Congreso y al Senado, para que los dos cuerpos puedan hacer sobre él las observaciones que tengan por conveniente.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Me levanto, señores, a exponer las razones que han motivado a la comisión para presentar el proyecto de contestación al discurso de la Corona, hoy sometido a la deliberación del Congreso. Exponiendo que repito lo que se ha dicho en varias ocasiones por algunos de los señores que han atacado nuestro dictamen. Este proyecto ha sido dictado por un espíritu ministerial; claro es, que levantando a defender el proyecto de la comisión me levanto a sostener la política del gabinete. Bien conozco que llevo con grandísima desventaja a consumir el turno contrario al que acaba de consumir el Sr. Ríos Rosas, porque el Congreso está cansado, y sin embargo, yo voy a tener que pedirle todavía su benevolencia para exponer las razones que ha tenido la comisión en sus principios genéricos para defender el proyecto sometido a la deliberación de las Cortes.

Vengo con mas desventaja todavía al debate, porque no me encuentro en la situación, ni del Sr. Ríos Rosas ni de los ministros. El Sr. Ríos Rosas se ha levantado, no tanto a impugnar el dictamen de la comisión, como a defender su política y explicar su posición en el Parlamento, y por consiguiente, ha podido expresar en su discurso esa vehemencia, esa energía y ese ardor que son el carácter distintivo de las oraciones de S. S. El gobierno, por su parte, al verse atacado por los argumentos del Sr. Ríos Rosas, no ha podido menos de defenderse con el mismo calor. La comisión, intérprete de los sentimientos del Congreso, no puede expresarse con el calor con que lo han hecho el Sr. Ríos Rosas y el gobierno, calor que excita el sentimiento de los que escuchan y la curiosidad de los que acuden a este género de discusiones.

Esto, no obstante, como consumo el turno contrario al que acaba de consumir el Sr. Ríos Rosas, me he de ver forzosamente en el caso de retutar alguno de los argumentos del Sr. Ríos Rosas cuando esto sea necesario para sostener el dictamen que estoy defendiendo.

El señor Ríos Rosas ha dado a esta cuestión un carácter muy distinto del que se ha dado en el Senado, y yo felicito a S. S. porque ha adoptado otra marcha, y haber suscitado un debate de razones y argumentos y creo que por ello debe felicitarle el Congreso y el país. No es esto decir que S. S. explique sus conceptos de un modo enteramente dulce, agradable. No; su señoría dice cosas que escritas son del todo aceptables, pero tiene un modo particular de decir las, que llama la atención de los que no le conocen o no están acostumbrados a oírle. Los que como yo conocen a su señoría, no hacen caso de esto, y solo se dirigen al fondo. Me sería imposible seguir al señor Ríos Rosas en la multitud de asuntos y de materias que ha tocado en su discurso. S. S. ha sido muy largo, y no podía menos de serlo, porque tenía que hablar por mucha gente, y tenía que hacer la demostración de la política de la unión liberal, que como es nueva, necesita manifestarse muy al por menor.

Decía S. S. hablando del proyecto de contestación al discurso de la corona, que era mas ministerial que lo hubiera podido hacer el ministerio. El señor Ríos Rosas, en su discurso, ha tenido palabras dulces y agradables para todo el mundo, menos para el gabinete actual; y lo ha hecho así, y lo ha hecho bien, porque de esa manera puede agrupar a su alrededor todas las fracciones que puedan hacer la oposición al gabinete actual.

Decía el señor Ríos Rosas que era este proyecto mas ministerial que lo hubiera podido necesitar el ministerio. Esto es tan cierto que hemos puesto en él un párrafo adhiriéndonos completamente a la política del ministerio, y esto con tanto desinterés, como lo puede hacer cualquiera en la oposición. Somos ministeriales, y al serlo creemos expresar los sentimientos de la mayoría de esta Cámara.

Hemos creído llegado la ocasión de que se decidiese de una manera terminante sobre la política del gabinete, y tomamos, los que quisieran tomarlos, posición explícita; hemos creído que la comisión, intérprete de los sentimientos de la mayoría, tenía obligación de provocar este debate, porque reconocemos que hay necesidad de que el gobierno, este u otro, venga aquí con todas las condiciones de poder y de fuerza, como debe venir un gobierno que tiene que resolver hoy gravísimas cuestiones, y quizá mañana tendrá que resolver otras mayores.

Además de estos sentimientos, para explicar por razones políticas el dictamen de la comisión, necesito hacermelo cargo de los caracteres dominantes en la política actual, y de los medios por donde esta política ha venido a existir en la región del poder. No subire muy arriba en la historia; arrancaré desde la época de 1854. Desde esa época se viene elaborando por una ley providencial el advenimiento de esta política. La revolución de 1854 vino, y desde el primer momento pudo tener soluciones conservadoras, y no las tuvo. Tuvo una solución relativamente conservadora y relativamente revolucionaria en Manzanares.

El señor duque de SAN LUIS: Pido la palabra.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: No he aludido al señor conde de San Luis de una manera que pueda tener

derecho a ofenderse; pero puesto que S. S. ha pedido la palabra, diré que no me cumple a mí juzgar ahora la administración de S. S. No he de ser yo con el señor conde de San Luis y sus compañeros, mas cruel que lo fueron las Cortes constituyentes, que no acabaron de resolver sobre la acusación inventada; no he de ser yo con S. S. menos amistosos que lo ha sido el señor Ríos Rosas; no he de olvidar que mientras aquí se paseaban por el Prad e ciertas personas, S. S. y yo nos pasábamos como emigrados por los Boulevards de París. Por lo demás, yo celebro que su señoría se levante a explicar los actos de su administración.

El señor conde de SAN LUIS: Si el señor presidente me lo permite, diré que comprendo lo que ha dicho el señor González Brabo de la misma manera que lo ha explicado S. S. Yo deseo hablar en esta cuestión para dar explicaciones; no por una cuestión de amor propio, sino por una cuestión de decoro del país y del partido moderado, cuya mayoría me ha apoyado legal y constitucionalmente en este Congreso, durante cuatro años de administración. Hago pues que deseo usar de la palabra únicamente para dar explicaciones; y deseo que los señores diputados sean que al sincerarme no tengo mas objeto que volver por el decoro de una parte, a lo menos, del partido moderado, injustamente atacado.

El Sr. BERMUDEZ DE CASTRO: Pido la palabra.

El Sr. GONZÁLEZ SERRANO: En nombre de la paz del partido moderado, pido que cuando acabe de hablar la comisión se declare el punto suficientemente discutido.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: He dicho que la solución dada en Manzanares era relativamente conservadora, y relativamente revolucionaria; revolucionaria si se atiende al estado de cosas anterior, conservadora si se tiene en cuenta el programa de Zaragoza; pero mi propósito no es el hacer el juicio crítico de lo ocurrido en Manzanares. Solo añadiré que esa solución pudo ser sostenida en Sevilla y en Madrid, y no lo fue.

Habiendo pasado las horas de reglamento, se preguntó al Congreso si se prorrogaba la sesión, y se acordó que sí.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Señores, cuando el general O'Donnell vino a Madrid, los señores diputados han oído en otra cámara las dificultades con que tropezó para que se adoptase una solución análoga a la del programa de Manzanares. Dos principios se encontraron entonces en presencia, y es necesario explicar su índole, porque hasta ahora no se ha hecho de ellos la apreciación debida.

¿Cuál era el programa de Zaragoza? Por muchos ha sido tratado con ironía, con una crítica ligera; y sin embargo, a mis ojos jamás se ha levantado una enseñanza tan radicalmente revolucionaria como la levantada por el duque de la Victoria y sus parciales. ¿Qué quería decir «cumplase la voluntad nacional»? Que desde aquel instante todo estaba puesto a discusión, que lo podía ser alterado, derrocado. Cumplase la voluntad nacional, es decir que si la voluntad nacional dispone que no haya trono, o que no haya dinastía o que se altere la base de las creencias, no habrá trono, no habrá dinastía, o se alterarán las bases de las creencias. Señores, no faltó más que someter la existencia de Dios a discusión bajo la bandera de «cumplase la voluntad nacional».

Pasemos ahora a las tendencias de esa bandera. En Madrid existía el trono, y existía en forma suya el pueblo que le respetaba; el trono llamó al general Espartero, y el general Espartero no venía, y dejaba pendientes todas las cuestiones y enviaba una persona de su confianza, que no tenía más que palabras para lastimar las creencias y las personas para contraer compromisos. (El señor González de la Vega pidió la palabra.) Cumplase la voluntad nacional en boca de un soldado, era lo mismo que decir: si mañana se establece una república, yo soy vuestro representante en ella; si mañana se establece una regencia, yo soy también vuestro representante; si se establece un protectorado, aquí estoy yo; y así, señores, todo el mundo lo sabía, se decía en todas partes.

Por ese camino se podía llegar a ser Guillermo de Orange, Napoleón, Cromwell, todo. Por eso se proclamaba ese principio; y en presencia de ese principio, ¿qué sucedió? Los que habían proclamado el programa de Manzanares abdicaron su programa, aceptaron las Cortes constituyentes y la discusión de todo, pues por mas que pusieran alguna salvadilla en este u el otro documento, ellos es, señores, que aquí todo se discutía, y los principios conservadores fueron sacrificados al principio revolucionario. El general Espartero mantuvo incólume su bandera; el otro bando fue el que se humilló, y se humilló a cambio de posiciones militares, con tal de conservarlos. Desde aquel momento aquello no fue un gobierno; los abrazos, las protestas, no eran sino un medio de enmascarar las intenciones de cada uno; como decía muy bien un amigo personal mío, jefe del partido democrático, del cual me separa un abismo en política; había dos políticas, de las cuales la una, y quizá las dos, estaban haciendo traición a la otra.

Todo el mundo se preparaba para una gran batalla y otros trataban de ganar tiempo para el combate; el gobierno no gobernaba; las Cortes no podían apoyarse en esa iniciativa que todo cuerpo representativo debe sentir del gobierno con quien está identificado; la obra de la revolución avanzaba por su parte, la de la resistencia por la suya; por ambos lados se tomaban precauciones para evitar una sorpresa, un golpe de mano; llegó un momento de esos que la Providencia elige para decidir en pocas cuantas horas del destino de las naciones, y tuvo lugar el gran duelo entre el espíritu tradicional histórico y la revolución.

Entonces sucedió lo que debía suceder. El jefe de la resistencia estaba en la calle con su espada; el otro se dejó en la calle la espada y se fue a esconder. Sin jefe, la revolución estaba vencida; con jefe el punto estaba pendiente; pero que no se hagan ilusiones los que creen que si hubiera tenido jefe habría triunfado; la lucha no era entre O'Donnell y Espartero; era entre los intereses conservadores, la propiedad, la monarquía, las creencias religiosas, y el principio revolucionario, entidad histórica de nuestros tiempos que hay que tener muy en cuenta, así para combatirlos, como para satisfacerlos, en lo que tengan de legítimas sus aspiraciones.

A Espartero le faltó la voluntad, no el valor; el general O'Donnell tuvo voluntad, pero si no la hubiera tenido, la cuestión habría quedado en pie; había otros generales que hubieran tomado un punto; si la monarquía hubiera sido vencida en Madrid, habría resistido en los campos; si hubiera sido vencida en los campos, habría resistido en las montañas; y al cabo habría llegado una época tal de anarquía y confusión que los hubieran vuelto los ojos a esa monarquía, como único medio de salir de tantos males.

Yo no niego la gloria que haya podido tener el general O'Donnell por haber tomado la defensa de la prerrogativa regia; pero no se crea que en su espada consistió la existencia de la monarquía. Detrás del general O'Donnell estaban para ayudarle a vencer los principios monárquicos, las creencias religiosas lastimadas, la propiedad herida, los incendios de Valladolid y de Valencia, todos los intereses sociales alarmados. El partido moderado en presencia de aquellos peligros se reorganizó para el combate; por eso cuando en París supimos la noticia de la lucha, aun antes de saber el resultado, pedimos al gobierno que nos permitiera entrar en España. Si el general O'Donnell hubiera sido vencido, a su lado nos hubiera encontrado la reina, y al llegar a la frontera habría hallado, preparados por nosotros, elementos bastantes para reconquistar su trono.

Al día siguiente de la victoria se formó un ministerio de unión liberal. La unión liberal, señores, en un tiempo fue la marcha concentrada de los partidos hacia un objeto común; pero una vez conseguida la victoria, empezó a descomponerse. Como pensamiento político tuvo su época, que fue el momento inmediato al tiempo de la revolución en 1854; pero preguntó yo: después de los sucesos que acabó de bosquejar, ¿era posible la unión liberal cuando la reacción moral estaba en todas partes? ¿Qué podría hacer la unión liberal para satisfacer por una parte a los ametrallados en las calles, y por otra a los que tenían que ser reproducidos en tales catástrofes?

No entro en la cuestión de legalidad que ha tocado el señor Ríos Rosas; el hecho era que la revolución no había creado nada eficaz; lo que había producido había sido barrido por la metralleta; y después de eso, no había que hacer mas que restablecer la legalidad de

46. Lo demás era parodiar lo que hicieron las constituyentes, sin tener como estas, la autoridad revolucionaria.

Y, señores, desde el momento en que el general O'Donnell empezó a gobernar sin obstáculos, todos volvieron la vista a las personas que podrían organizar aquí el partido moderado; y yo tengo el derecho de creer que un sentimiento de propia conservación fue el que movió a aquel ministerio a detener la venida de ciertas personas. No trato de ofender al Sr. Ríos Rosas; creo que lo hizo por amor a su política.

¿Qué situación era aquella? Era una situación en que nadie creía, que todos los días estaba espuesta a ser progresista, y todos a ser moderada. Y si no, oíd al señor Luzuriaga en el Senado: según el Sr. Luzuriaga, la política de la unión liberal, era progresista; oíd al Sr. Ríos Rosas; según S. S., esa política es moderada. Se prestaba, pues, a todas las interpretaciones.

Decía el Sr. Benavides: pudiera creerse que la unión liberal era una oligarquía militar, y el Sr. Ríos Rosas se ofendía por eso. Yo diré si supiera de la unión liberal los generales que la componen, ¿qué quedaba? El general Ros de Olano lo ha dicho; cuando en un discurso hablaba del general D. Fulano de Tal, del capitán general D. Fulano de Tal, diciendo que todos aceptaban la responsabilidad del movimiento de junio; nosotros somos fuerza; nosotros podemos disponer de la fuerza; esto es lo que significan tales palabras.

Podía la unión liberal no ser una oligarquía militar, pero es un partido militar. El Sr. Ríos Rosas no es el editor responsable de este partido; pero es un escritor eminente como pudiera serlo de otros mas numerosos e importantes.

Esto en sustancia; en doctrina la unión liberal es el acta adicional. De modo que esa unión se compone de una oportunidad perdida, de una inoportunidad evidente, y de un partido militar de varios generos, entre los cuales está el Sr. Ríos Rosas con el acta adicional en la mano.

La verdad es, señores, que como opinión no tiene la unión liberal mas que la importancia militar que le dan sus jefes. ¿Estamos en el caso de entregar la gobernación del Estado a una fracción semejante? Yo creo que no. ¿Estamos en el caso de apoyar a un ministerio que ha traído aquí una mayoría del partido moderado que ha espuesto una política clara y lógica? Creo que sí.

Estas son las razones en que se funda nuestro dictamen. La revolución había sido exitosa; la reacción era peligrosa; el partido medio ha vencido; aquí no había Cortes; hay Cortes; se han reorganizado muchos ramos de la administración; se ha restablecido el orden. La comisión no debía entrar en estas cuestiones. Es claro, pues, que hemos cumplido con nuestro deber; y que debíamos someter un voto que significase el grado de apoyo que íbamos a dar a esta situación.

Dos censuras ha hecho el Sr. Ríos Rosas a dos párrafos de nuestro dictamen. Dijo S. S. que creía que había alguna inconveniencia en el párrafo que trata del reconocimiento del emperador de Rusia, porque no había razón para creer que la amistad de ese gobierno no hubiera servido de mucho en la guerra de la Independencia. Dejo aparte la cuestión de si es conveniente escatimar las palabras de amistad a una potencia que después de largos años viene reconociendo espontáneamente a S. M. y sus derechos; solo diré a S. S. que la comisión estrana que una persona tan docta pretenda negar que para la guerra de la Independencia tuvimos amistad y alianza con la Rusia.

Ignora S. S. que hay un tratado espreso para continuar la guerra con Napoleón, firmado por el señor Cea Bermúdez. Pero aunque no lo hubiera, ¿se necesita esto para que el Congreso diga que la Rusia nos ayudó muchísimo en esa guerra? El tratado estaba escrito en la resistencia que uno y otro pueblo oponían a la conquista.

Pero se dice que si esto es conveniente, y si alguna nación no podrá ofenderse de ello. Este, señores, es un recuerdo glorioso para España, y en el día las naciones no se ofenden de que las otras recuerden sus hechos gloriosos, aun cuando estos hayan sido en contra de la misma nación que los esgrime.

De la cuestión de México puedo decir: el ministerio la ha suscitado, pero solo hasta cierto punto. Al hacer esto estaba en su derecho, y yo creo que el Congreso no debe hacer mas sino manifestar que si sobreviene el conflicto que puede esperarse, cuente el gobierno con su apoyo.

El señor Ríos Rosas ha leído un folleto en el cual se comete una completa inexactitud. Nada quiero decir del funcionario público que fue a aquel país, pero si pudiera hablar, estoy seguro que se defendería, y tal vez resultaría cargo, y cargos muy graves contra el ministro de Estado de aquella época.

Señores diputados, he cansado demasiado la atención del Congreso, y ha llegado el momento de terminar mi discurso; pero antes debo dirigirme a la juventud de esta Cámara, y hacerla un llamamiento. Los partidos no mueren nunca; los hombres podrán destruirse, pero los principios de los partidos subsisten. Yo no diré a los hombres, que han podido, durante su carrera, contraer vicios políticos, que renuncien a esos sentimientos; pero si diré a los que han tenido tiempo de odiar ni de aborrecer; a los que están, por decirlo así, virgenes en sus sentimientos, que reflexionen y piensen, donde les conviene mas estar, si al lado del movimiento que puede desquiciar la sociedad, o al lado del principio que puede salvarla.

El Sr. RÍOS ROSAS: Voy únicamente a defender a unas personas ausentes a quienes ha inculcado el señor González Brabo.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: No ha sido mi ánimo absolutamente ofender a ninguna persona en particular. He podido encontrar mejor o peor cierta política, pero la justicia la he de apreciar la del cada uno.

El Sr. RÍOS ROSAS: En ese caso diré únicamente que nosotros no tenemos nada que podamos temer que nos sucediera un gabinete de las ideas reaccionarias del que hoy rigen los destinos de la nación, aun cuando prevaleciera como esto sucediera, porque en mi opinión, ese ministerio no puede tener mucha duración.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS, duque de Valencia: no se impacienten los señores diputados por verme tomar la palabra a estas horas y en esta situación; serán muy pocas las que tendré el honor de dirigir al Congreso. Habiendo yo, desde que S. M. tuvo la dignación de encargarme de la presidencia del Consejo, hecho todas las cosas, y dicho todas las palabras que he creído convenientes para la unión de todos los que componen el partido conservador, habiendo tenido en las discusiones del Senado y del Congreso toda la prudencia que he debido tener, habiendo llegado hasta el punto de defender a los que son mis enemigos políticos, y que sabí me iban a combatir, habiendo procedido de la manera que el patriotismo me aconsejaba; podrán acaso algunos creer que el interés de la conservación de este ministerio, si otro personal podían haberme sugerido esta conducta, podían haberme dictado estas palabras.

Pueda dar una satisfacción al Congreso y demostrar que la unión liberal que me ha guiado, leal algunos párrafos del discurso que tuve el honor de pronunciar en el Senado el 22 de noviembre de 1851, cuando regresé de Francia después de una de esas frecuentes desgracias que me han sucedido, y resuelto a retirarme a vivir en mi pueblo natal huyendo de la vida política y deseoso de encerrarme para siempre en mi país. Esas palabras voy a leerlas ahora para que vean los señores diputados si tienen analogía con la conducta y las palabras de ahora. Entonces, señores, hice una profecía, y esa profecía se verificó cuando estaba muy distante el tiempo en que solían ocurrir las catástrofes y los trastornos que después sobrevinieron.

Siendo las circunstancias las mismas, y deseando que el partido conservador se una y tome las providencias lecciones de la experiencia para conducirse como esta aconseja, voy a tener el honor, repito, de poner en conocimiento del Congreso esas palabras. Decía yo en aquel tiempo:

«Quisiera terminar mi discurso haciendo una pintura del estado de nuestro país, de las causas que mantienen la agitación que existe y del remedio que yo encuentro necesario. Pero no habiéndome concedido la palabra para esto, y no queriendo yo hoy polémica ni debates, estrecharé el círculo de modo que dentro de él no se pueda combatir, y manifestaré solamente que el poder político y material de un país, su riqueza pública, su comercio, su industria, todos los elementos, en fin, que constituyen la gloria y la fuerza y el bienestar de una gran nación, no pueden existir ni aggran-

darse en medio de agitaciones continuas que lo ponen todo cada día en peligro.

«Para que un país crezca en prosperidad y ventura tiene necesidad de un gobierno regular, fuerte y durable, y es preciso que todos le respetemos: un gobierno en el que sea agradable el mando y no causa de lamentaciones continuas de aquellos que lo ejercen. Hay necesidad de unidad de miras, de sacrificios mutuos, de constancias, de tenacidad en las empresas, que es lo que solo puede inspirar confianza en el porvenir.

«Para que esto se verifique, no hay sacrificio que yo no esté dispuesto a hacer; digan todos lo mismo, hagamos todos lo que esté de nuestra parte para la unión, y España se salvará del naufragio que amenaza a todas las sociedades de Europa. Pero si continuamos como hasta aquí, pronto, muy pronto, nos arrepentiremos de nuestra ciega imprudencia.

«Así me expresaba yo cuando estaba lejos del gobierno, así me expreso como jefe de un gabinete.

Estas mismas cosas digo hoy a las Cámaras españolas, y también con dolor de mi corazón vuelvo a repetir que si no nos unimos, y si no nos tenemos en cuenta las lecciones de la experiencia; quizás pronto, muy pronto, nos arrepentiremos de nuestra ciega imprudencia. (Muestras de aprobación.)

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Pido la palabra, señor presidente. Sugiero a V. S. me permita decir dos palabras.

Muchos señores diputados: A votar, a votar.

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, no le permite el reglamento, V. S. no ha sido aludido.

El Sr. GONZÁLEZ DE LA VEGA: Desde que yo por primera vez atacé a las Cortes constituyentes en su legitimidad y sus actos, pedí la palabra creyendo que se me permitiría usarla como diputado y secretario que fui de aquellas Cortes. (Varios señores diputados: A votar, a votar.) Señores, ya que no puedo pronunciar el discurso que pensaba por el estado en que se halla la Cámara, no me sentaré sin que mi voz se haga oír, siquiera sea trabajosamente, para declarar que mi principal objeto era defender la legitimidad, la legalidad y el patriotismo de aquellas Cortes, que prestaron un gran servicio al país. (Varios señores diputados: A votar, a votar.) Ni me sentaré tampoco sin declarar aquí, y esto lo hago por el derecho que tengo de defender a ausentes, que el general Espartero, contra quien ha dirigido fuertes ataques el señor González Brabo, es un cumplido caballero, un militar honrado, un español leal, fiel siempre a su patria y a su Reina, y lo mismo el general Alende Salazar, atacado también.

El Sr. ESTEBAN COLLANTES: Si no se me permite rectificar, no lo haré; pero quiero que conste que he estado en mi sitio dispuesto a contestar a todos los cargos y a rectificar la historia, como haré otro día. Hoy, que nadie quiere cargar con la responsabilidad de la revolución, yo rectificaré.

(Muchos señores diputados:) A votar, a votar.

Pedida por suficiente número la votación nominal, se procedió a ella, y resultó aprobado el dictamen de la comisión por 221 votos contra 10 en la forma siguiente:

Señores que dijeron sí.

Barzanallana (D. José).—Beldá. —Bulgín. —Sanchez Inclán. —Pidal. —Salas. —Lozano. —Nocedal. —Moyano. —Barzanallana (D. Manuel). —González Brabo. —Villar. —Mayana. —Benavides. (D. Antonio). —Moreno Lopez. —Alvarez (D. Fernando). —Moreno (D. Domingo). —Lopez Ballesteros. (D. Diego). —Alvarez Quiñones. —Sanz. —Oñiza. —Marqués de Olveo. —Carrizosa. —Conde de Vilches. —Calderon (Don Carlos). —Zayas. —Estrada. —Jaramilla. —Triplá. —Reina. —Maroto. —Esteban Collantes. —García. —Hidalgo. —Gándara. —Flot. —Paz M. —Mbiela. —Pinzon. —Trillo. —Llorente. —Estrella. —M. de Añón. —Cuelo. —Gutiérrez de los Ríos. —Chacon. —Zaragoza. —Conde Vistahermosa. —Arlanz. —Bermúdez de Castro (D. Manuel). —Rosca. —Uribe. —Cárdenas. —Cardenal. —Madrarni. —Membrado. —Marqués de Corvera. —González Serrano. —Quintana. —Orovio. —Martínez y Paris. —Ferrer Peglmanis. —Merced. —Vazquez. —Marqués de los Salados. —Marqués de Villavieja. —Cuello. —Marqués de Castellar. —Escobar. —Salas. —Araquistain. —Fernández Negrete. —Enriquez. —Nocedal (D. José). —Bisquie. —Ribó. —Marqués de Villamediana. —Montalvo. —Nuñez Arenas. —Canseco. —Quirós. —Vizconde de Alaiar. —Olona. —Montenegro. —Manojo Andrade. —Benavides (D. Trinidad). —Candilero. —Posada Herrera. —Hercero. —Melgar. —Lopez Ballesteros (D. Rafael). —Perreira Camacho. —Floriz. —Enrile. —Lopez Serrano. —Flores Calderon. —Conde de San Luis. —Fonollat (condado). —Fages. —Casanova. —Salazar. —Puñín. —Conde de Belasquín. —Díaz Martín. —Barona. —Brabo Murillo. —Gaya. —Sanchez Ocasio. —Alonso (D. Millán). —Conde de Paila. —Marqués de Montecastro. —Marqués de Montevirgen. —Polo. —Barar. —Lorenzana. —Escario. —Camacho. —Duque de Alba. —Sanjuro. —Conde de Cumbres Altas. —Jimeno. —Somoza. —Hartado. —Braco. —Baboa. —Chico de Guzman. —Castellanos. —Bullarín. —Martínez Marín. —Casado. —Lataja. —Arias. —De Andres Garcia. —Tobar Perez. —Giron. —Rodriguez. —Ozores. —Calderon Collantes. —Borrego. —Bies (vizeconde de). —Conde de San Juan. —Yañez Rivadeneira. —Cuenca. —Aredit. —Agüillo. —Martín Andreu. —Conde de Guynche. —Quintanilla. —Auriles. —Marqués de Ayerbe. —Espinoza. —Clavé. —Santillán. —Mendoza. —Bermúdez (D. Salvador). —Luengo. —Falcón. —Baron de Alcalá. —Barber. —Oleto. —Burguez Zafreite. —Rivas. —Escudero. —Moyano Sanchez. —Miranda. —Oma. —Marín Barbeito. —Sáiz. —Argüelles. —Campoy. —Uria. —Goicoechea (D. Francisco). —Balmaseda. —Baron de Mánolaga. —Conde de Almodovar. —Castilla. —Salamanca. —Ramirez Arellano. —Pino. —Tejado. —Esponera. —Arechaga. —Brito. —Maceira. —Ossorio. —Pardo. —Romero Toró. —Delgado. —Romero. —Bijo. —Abarzuza. —Berrás. —San Vicente. —Lopez Ayala. —Gomez Inganzu. —Suarez de Puga. —Conde de Pestigua. —Mizo. —Alerany. —Massip. —Vich. —Melida. —Echevarría. —Fuentes. —Parra. —Loring. —Enriquez Valdes. —Dalmáu. —Davalillo. —Mora. —Marqués de San Isidro. —Ruiz. —Barcelan de Lis. —Arizosa. —Conde de Ezequiel. —Fontolosa. —Valero Solo. —Aldama. —Fuentes. —Teresa. —Marqués de la Conquista. —Vizconde de la Revilla. —Cavero. —Vazquez Parga. —Navarro Villoslada. —Señor presidente. —Total, 221.

Señores que dijeron no.

Ríos Rosas. —Cello. —Irazzo. —Gonzalez de la Vega. —Sanchez Silva. —La Sala. —Carrías. —Sancho. —Canga Argüelles. —Verdugo. —Total, 10.

Quedaron sobre la mesa los dictámenes de la comisión de actas proponiendo la aprobación de las de Eci y la desaprobar de las de Puente Caldelas.

El señor PRESIDENTE: Minuta se discutirán estos dictámenes, y después el relativo a la quinta de 50,000 hombres.

Se levanta la sesión. Erán las ocho y cuarto.

CRONICA GENERAL.

—Junio.—El mes de junio, entre los antiguos, estaba consagrado a los jóvenes, así como el mayo lo estaba a los ancianos; y por eso la palabra Junio se deriva de la latina *juniores*, que significa jóvenes. No es esta, sin embargo, la única etimología de la palabra: unos pretenden que se deriva del nombre de la diosa Juno, y otros la hacen provenir de *Junio Bruto*, que fue el fundador de la república romana, pero antes de esta época ya era preciso que el mes hubiese tenido algún nombre, por lo cual no nos parece la mas verosímil. Este mes se halla representado en el Zódiaco por el signo Cáncer, en el cual entra el sol el día 22. El signo Cáncer se representa por medio de un cangrejo, y significa el sol, que al llegar a este signo empieza a retroceder como aquel animal.

—Longevidad.—En un pueblo de la provincia de Aragón (Calzadilla), vive una mujer que cuenta ya 112 años, y no tiene ni un solo cabello cano. Cose y lee sin antojos y disfruta buena salud. Seguramente que la juventud de la respetable mamá (porque es casada y con hijos), no habrá sido tan borascosa como la de las infelices *Traviatas* que vemos por esas calles.

—Familia ilustre.—En el día son indudablemente los ladrones los que gozan de mayor fama por su destreza y su saqueo. Adiestrados desde su niñez para ese infame oficio, reciben sus grados después de examen, y al fin son recibidos de maestros en la corporación.

En París hay cinco que han dejado la Inglaterra para espiar al nuevo francés: tres son hermanos, y la mujer de uno de ellos, no desmerece de la familia. Solo uno no está unido por el parentesco, y no es mas que un amigo o un asociado de ellos.

Eduardo Powel tiene 11 años, Tomás Powel 20, William Powel 30, y su mujer, joven morena de una cara muy agradable, y con aire de honradez, tiene 24, Jackson, el asociado de estos insulares, ha tomado las de villadiego, y sin duda está en la actualidad explotando alguna plaza de comercio.

El niño Eduardo, a pesar de su tierna edad, tiene una habilidad notable; digno discípulo de su hermano Tomás, que le ha enseñado los principios del arte, trabaja a su vista y le pasa los relojes, las alhajas, los porta-monedas que logra sustraer.

Vestido las mas veces con traje de colegial, que realza su cara inteligente, aborda con intrepidez a los transeúntes, con especialidad a las mujeres, les hace mil preguntas, que la mayor parte del tiempo no son comprendidas, porque Eduardo Powel no habla francés y se aprovecha de la benevolencia con que le escuchan para explorar hábilmente los bolsillos.

De esta manera ha cometido muchos robos. Una vez entró con su hermano Tomás en la tienda de un joyero y pidió que le enseñaran sortijas. La joyera observó que tenía la mano sucia: pero hasta mas tarde no comprendió que tenía la mano untada de pez, porque adelantando la mano en el muestrario para señalar una alhaja, hizo desaparecer un zafiro rodeado de catorce brillantes y un broche, todo ello de valor de 700 rs.

Pero donde trabajaba con fruto era en los teatros, y la ópera comica tiene su preferencia. Eduardo entraba en el teatro, y Tomás permanecía en el café y aguardaba a su hermano, que a cada entreacto iba a llevarle el fruto de su caza. Cinco de los testigos que han intervenido en la causa instruida al efecto, han sido robados en idénticas circunstancias.

Una noche los robos habían sido muchos, y se habían dirigido muchas quejas a los sargentos de villa. Se puso un brigadier en vigilancia, notó a Tomás que parecía observar lo que pasaba y a Eduardo que se metía entre el gentío. Bien pronto, este último desfiló su mano en el bolsillo de una señora y le sacó un port